

Cristina Cerrada



Noctámbulos

IV Premio Casa de América de Narrativa



se

Los relatos de «Noctámbulos» presentan a un grupo de personajes reunidos en un espacio urbano común: la encrucijada. Pobladores de callejones, bares nocturnos y hoteles, oficinas, hospitales, hogares en donde la convivencia se hace difícil. La ausencia de voluntad y de firmes decisiones define su conducta, que los lleva hasta el borde del abismo donde parecen condenados a gravitar para siempre; un abismo poblado, de conflicto, de intensa vida.

Con ecos de Chejov, Salinger y Carver, teñidas de amenidad, intriga y una violencia contenida y casi siempre a punto de estallar, estas historias dejan el rastro de la soledad, del fallido intento por alcanzarse, por comunicarse, por encajar en el sistema; por ganar. Sin embargo, y en ocasiones rompiendo para emerger, asoma en ellas la auténtica pulsión de vivir, a menudo tan avasalladora que resulta mortífera.

«Noctámbulos es una colección de cuentos con un tono y con un subterráneo hilo conductor que consigue una escritura limpia, seca y eficaz. Lo más destacable es la capacidad de Cristina Cerrada para dejar insinuado el contenido más hondo que se vislumbra en cada una de las historias» (declaración del jurado del IV Premio Casa de América).

OceanofPDF.com



Cristina Cerrada

Noctámbulos

ePub r1.0

Titivillus 07.04.2022

OceanofPDF.com

Cristina Cerrada, 2003

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

El 29 de enero de 2003, un jurado compuesto por Héctor Abad Faciolince, Eduardo Becerra, Ana López-Alonso, Clara Sánchez y Jorge Volpi, decidió otorgar a la obra *Noctámbulos*, de Cristina Cerrada, el IV Premio Casa de América.

OceanofPDF.com

Índice de contenido

Cubierta

Noctámbulos

Corazón de León

Neumonía

El hombre que creía ser James Stewart

Cuchilladas

La jaula

Ladrones de maletas

Las ratas

Escena en un hotel

La voluntaria

Muertos

Noctámbulos

Tránsito

El cachorro

Madame Zolá

Piel genuina

La cantera

Sobre la autora

A Félix
A mi familia
A Daniel Prieto y mis fantasmas

OceanofPDF.com

—Me has preguntado: «¿Llamas a esto vivir?». Y yo te contesto: Sí. Esto es exactamente lo que yo llamo vivir. Y en mi mejor sentido hipotético, te envidio por ello.

Frederick POHL

Pórtico

Owen: Bien, déjalos que lloren. ¿Qué esperabas...? Las cosas terminan. Cambian. Se arruinan y mueren. O se destruyen. Ocurren accidentes. Sin estas cosas no podría haber... felicidad. Todas terminan, de a una cada vez, pero siempre hay árboles.

William SAROYAN

La hermosa gente

Porque cuando cambiamos y nos convertimos en un ser distinto, no podemos seguir obedeciendo a los sentimientos de nuestro yo anterior.

Marcel PROUST

Por el camino de Swann

Corazón de León

La *Corazón de León* que firmaba la sección crítica del periódico universitario («¿Dónde está el pene en Lawrence de Arabia?», septiembre de 2001, «Mujeres al acecho», octubre de 2001, «El germen bendito de la agresión», noviembre de 2001) estaba sentada a su mesa acabando el artículo de hoy. Miraba por la ventana el parterre de flores que Óscar, su marido, había plantado allí. Al bueno de Óscar, al dócil esposo —al infiel— le gustaban las flores, ver crecer las cosas.

Corazón de León llevaba más de una hora intentando dar cuerpo a su columna. Había llenado ya tres páginas en el procesador de textos con frases vagas e inconexas sobre *Madame Bovary*: «La pérdida, ese sentimiento profundamente enraizado en la sensibilidad femenina, se traduce en un deseo invertido, ese contradeseo de ser deseada». Pero no podía seguir adelante. Últimamente, no encontraba ya sentido a sus palabras. No se las creía. Le parecían impostadas, palabras beligerantes extraídas con cucharilla de plata de un hígado puesto en salazón.

El problema era que a Corazón de León le habían enseñado ciertas cosas que ahora, a tenor del reciente descubrimiento, resultaban contradictorias. Por ejemplo, cuando era niña oía a su madre hablar de *Papi*, un hombre bizarro, rudo, un magnífico cazador de piel dura y corazón aguerrido a quien no había que disgustar. Rugía. Corazón de León recordaba haber visto a su madre llorar y llorar por las noches. *Oh, pobres corazones con falda; siempre alerta ante la falta y propensos a la flagelación.*

No. Ella había decidido no ser nunca así. Ciertamente su madre había sido siempre una víctima muy acomodaticia: ahora tu papi es un egoísta, las cosas que yo he hecho por él y mira cómo me trata; ahora es que tú nunca

has querido a tu papi, hija desagradecida y mala, discutiendo a todas horas con él. ¿Es que acaso no te lo ha dado todo? *Pero ¡madre! ¿Es que no ves cómo te trata? Pobre mamá, los hombres son tan egoístas.*

«Claudicación. Apártate de mí, papá». Así había comenzado hoy su artículo. Pero finalmente, Corazón de León lo borró. ¡Si ella, ahora, adoraba a su padre; pobre viejo vencido, aunque en otro tiempo azote de sus más tempranas ilusiones de inmortalidad...!

—Papá, quiero ser poeta. Papaíto, compondré poemas para ti.

Ni el más negro nubarrón habría ensombrecido el horizonte tanto como papaíto ensombrecía sus deseos cuando se ponía real y ácido.

—No digas sandeces, hija. Si has de hacer algo, haz algo que merezca la pena.

«El cuerpo macizo de *Madame Bovary* no conoce el vacío. Ella lo llena de fantasías agónicas, mortíferas, y muere, como la mosca que se ahoga en el charco moviendo enloquecidamente sus alas, cada vez más pesadas, incapaz de volar».

Corazón de León leyó el párrafo, y encendió un cigarrillo.

«No es extraño que viva el fruto de su vientre como un fruto bastardo, monstruoso; la excrecencia de un deseo ajeno».

Arrugó el entrecejo y aplastó el cigarrillo contra el cenicero. ¿Pero qué demonios significaba esa tontería de la excrecencia? Dejó de escribir. Después de todo, ella no era ningún juez. ¿Cómo podía decidir lo que era o no monstruoso? ¿Cómo podía juzgar con tanta ligereza la debilidad?

Aunque su estatus era de cierto carácter intelectual, Corazón de León no podía negar que era hija de un humilde cobrador de seguros. Un monóculo, se dijo, no le habría ido mal del todo. Con él habría podido observar cómodamente por encima del hombro a los demás, actitud que habría sabido paliar con su infinita tolerancia y su conmiseración por ellos. Pero, aun sin el monóculo, se dijo, nadie podía dejar de reconocer en ella a una especie de diosa menor. Su lenguaje era siempre apropiado, elocuente, original; sus intervenciones estudiadamente humildes. Y no es de extrañar: su parámetro era la perfección. Al discutir por vez primera, Oscar había dicho con miedo:

—Cariño, tú sabes expresarte muy bien. Sabes muy bien lo que quieres, y esperas que también los demás lo sepamos. Pero no lo sabemos, así que siempre te defraudamos.

El ruido del noticiario en la sala vino a sacarla de estos sueños. Óscar había encendido la tele; probablemente tenía hambre. Sin duda era, siempre tan cauto, su delicada forma de avisarle que había llegado la hora de comer. Pues bien; Corazón de León siguió escribiendo, y esperó. «Hija, ¿por qué eres siempre tan malpensada?», le pareció oír de labios de su madre. ¿Por qué? Y yo qué sé por qué, mamá. Será porque tú me has enseñado. Si no tiene hambre no vendrá.

Pero antes de haber escrito una docena de palabras, Óscar, el esposo confiado y dócil, el infiel, se inclinó sobre sus hombros.

—¿Qué tal va eso, mi amor?

—Estoy en medio de algo importante.

El hombre se apartó de ella para mirar las hojas de su ficus enano.

—Creo que deberías regarlo —observó, hundiendo en la tierra un dedo procaz.

Corazón de León, el pecho hinchado de rencor, encendió un nuevo cigarrillo.

—¿Me has escuchado?

El bueno de Óscar dirigió una mirada paciente y contrita a su mujer. Sería el reflejo de la culpa.

—Pues claro, mi amor —dos pasos, y sus manos volvieron de nuevo a los hombros de ella—. ¿Te apetece que comamos, eh?

Y creó Dios al hombre a su imagen y semejanza, pensó Corazón de León, como mamá la creó a ella. Pero si su madre hubiese podido escucharla, probablemente le habría dicho a Corazón de León que era una desagradecida, y que si era tan retorcida y malpensada culpase de ello a otro, porque ella nada había tenido que ver.

La mamá de Corazón de León fue una mujer de profundas convicciones. Eran insignificantes fantasías que no hacían daño, al menos no a ella; eso Corazón de León no lo podía negar. La más arrogante era esa

de que no había en el mundo mujer más amada que ella. Papaíto, ese hombre hercúleo, honorable y magnífico que la colmaba de atenciones, besaba el suelo por donde ella pisaba, habría dado la vida por ella diez veces, aunque mamá ni siquiera le hubiese mirado a la cara. *Mamá, dime, mami, ¿qué podría darte yo que no tengas?* Debes mejorar tus notas, solía decirle a veces, pero sin que ello la inquietase de veras; su propia falta de escolaridad no generó en ella el complejo que le habría permitido alentar a su prole.

—Yo habría sido una excelente estudiante —declaraba, en cambio.

—Claro que sí, mamá, mamaíta.

Y Corazón de León alcanzaba la cumbre de las altas calificaciones en homenaje a ella.

Cuando Corazón de León dejó de trabajar se dio cuenta de que la casa olía a la crudeza ácida de los brotes de apio. Otro de los guisos de Óscar, pensó, y arrugó la nariz. Decidió dejar el artículo para después de comer y abandonó el despacho. En la cocina tragó bocanadas de denso y acre vaho azul, que flotaba alrededor de su esposo como una cortina hecha jirones. Óscar parecía un maestro de ceremonias: el gran cetro de palo en una mano, y en la otra el rallador de plata para moler la nuez. Qué feliz era Óscar, pensó, si ella pudiera..., y de cuánta paz parecía disfrutar. Qué agradable sería abrirle la boca y taponarle la nariz; y hacerle tragar solo un poco de la amarga esencia de ese apio, concentrada; la esencia de cien tallos de apio concentrada en una sola gota.

—Ah, la felicidad... —pensó; pero la broma le hacía sentir culpable, y su corazón empezó a languidecer—. Cariño —le dijo a su esposo—, qué felices somos, ¿verdad? ¿Qué haces?

—Crema de apio —dijo sin volver la cabeza él; inclinado sobre el fogón—, te va a encantar.

—Claro. Déjame que te ayude.

—No. Será mejor que no —vetó resolutivo—. Esto es muy delicado.

Lo dijo con su natural neutralidad, y después Corazón de León le vio volver la cabeza, inocente, y mostrar una bienaventurada sonrisa que le

crispaba la cara en una mueca.

Se desvió de inmediato y cogió uno de sus cigarrillos, y se sentó a fumarlo en la mesa bajo el ventanal.

—No es necesario que seas tan amable —le dijo. Lo miró de reojo, mientras fingía que observaba la calle al otro lado del cristal. El cielo estaba sombrío, tan gris como un periódico arrugado—. ¿También cocinabas para ella? —preguntó.

El cetro de palo, con sus tres dientes de madera, osciló en el aire y se detuvo.

—Por Dios, no te tortures así.

Corazón de León sonrió. Sintió de súbito cómo una tenaza aprisionaba la boca de su estómago, y su sonrisa se convirtió en carcajada.

—No me torturo. Si lo hiciera, ya me habría dado a la bebida. Y ¿me has visto beber, cariño?

Indeciso, Óscar dio un paso hacia ella.

—¿Qué puedo hacer?

—Puedes irte. Eso te calmaría. O puedes hacer que te insulte; eso te calmaría también.

—No me hables así, por favor. ¿Quieres que nos sentemos fuera?

—Ya estoy sentada.

—Podría extender las tumbonas, y luego tú podrías leerme algo.

—¿Leerte qué?

—Cualquiera de tus artículos. Hay muchos que aún no he leído.

—Prefiero hablar. Es más divertido. Así nos peleamos, y mientras nos peleamos no pienso en otras cosas.

—A mí no me gusta pelear. No lo hagamos, y no te acuerdes más de eso. Estoy seguro de que en cuanto acabes de escribir tu columna te sentirás mucho mejor.

—No quiero sentirme bien. Estoy mucho mejor así.

—De acuerdo. Entonces dime qué quieres que haga. Te lo ruego. Tiene que existir algo que yo pueda hacer.

—No hagas nada, por el amor de Dios.

Por un momento, la sombra de Caín planeó sobre su corazón. Su esposo, ese ser intachable, poderoso, estaba frente a ella como un cordero

esperando la sentencia del puñal. Qué fácil hubiera sido decapitarlo allí mismo, tal como ella imaginaba que sería hacer justicia; y qué imposible a la vez. ¿Qué harías tú, madre?

Tu padre jamás habría hecho una cosa así, oyó decir a su madre, desdeñosa.

Claro, claro que no; papaíto jamás lo habría hecho, él no me habría hecho algo así. Entonces, madre, debo cumplir tu precepto, se dijo Corazón de León, debo ser necesaria pero no necesitar a nadie, como tú. Y su madre apareció ante ella llevando una fresca y limpia bata blanca con una franja amarilla que terminaba siendo marrón, y miró de reojo a Corazón de León con un matiz de censura que le pesaba igual que un pecado: *¿Qué sabrás tú de la vida?* —Parecía decir—, *¿crees acaso que tu padre y yo nunca tuvimos problemas?*

Corazón de León quiso responder a su madre que se fuera al diablo; pero la lengua se le había hinchado y le pareció que babeaba.

Frente a ella, aún en actitud de espera, estaba su apesadumbrado esposo. Pobrecillo —«Perdonad, y seréis perdonados», decía la Biblia—. Allí quieto, parecía solo un inofensivo animal poniendo la vida a sus pies.

—No te quedes ahí parado —le dijo.

Pero él no se movió. Cuando volvió a embargarle la culpa, Corazón de León comprendió que solo la violencia le daba cierta soltura. Habría querido gritarle a su esposo que no le necesitaba, y que se fuera al diablo también. Para no hacerlo, se acercó y forzó torpemente un beso.

—Mis nervios, ya sabes. Yo... dejó sin acabar la frase, para que él creyera en la honradez de sus palabras. Una vez Corazón de León llegó a considerar que si el mundo fuese el mundo de su esposo —o el de su papá—, sería un mundo sin palabras, ancho y plano, como un mapa de carreteras. Su esposo la apretó contra sí, fuertemente, y también la besó.

—Oh, pero qué bien huele esa crema —dijo Corazón de León.

Neumonía

Llamó a mi puerta cerca de las ocho, cuando yo ya llevaba un rato despierta, con los ojos abiertos y mirando las sombras de las ramas del plátano agarrarse como dedos lúgubres en el blanco de la pared. Al entrar le vi pálido. Tenía el cabello revuelto y los ojos saltones, y caminaba lentamente, con el pijama arrebujaado en tomo al cuerpo y las zapatillas casi fuera de los pies. Parecía muy enfermo.

—¿Qué ocurre? —le dije, tapándome con el embozo.

—Creo que estoy peor.

Llevaba una semana así. Hacía una semana que había decidido marcharse. Pero tenía la gripe.

—De acuerdo —dije. Realmente, creo que estaba peor—. Vuelve al cuarto de los niños; iré enseguida.

—No es necesario. Ahora voy a trabajar, y por la tarde al médico.

—Vuelve a la cama —repliqué—. Deja que me vista, y ahora voy.

Cuando entré en el cuarto de los niños estaba sentado en la mecedora. Él mismo la había fabricado antes de hacerse vendedor. Se la hizo a Lucas cuando cumplió cinco años, y después la usó también David, y viéndole ahora sentado en ella, al lado de la maleta grande, Mati me pareció más pequeño. La maleta llevaba una semana allí, pero Mati aún no se había marchado. Estaba pálido como un muerto, y temblaba.

—¿Tienes fiebre? —pregunté.

—No lo sé.

—Es probable que la tengas.

Le puse la mano en la frente, y comprobé que ardía. Respiraba con dificultad. Después de un rato le dije:

—¿Es por lo que vas a hacer?

Me miró con sorpresa, y después se meció en la silla.

—Los chicos ya no nos necesitan, Eli —dijo—. Ya lo habíamos hablado.

—Puedes acostarte en nuestra cama, si quieres. Avisaré al doctor.

—No. No quiero. Me acostaré aquí, y después iré a trabajar —contestó.

Cuando llegó el médico le tomó la temperatura y le auscultó.

—Yo creo que está peor —le dije.

—No puedo respirar —dijo Mati, y miró a los pies de la cama con la boca abierta.

—Tiene usted neumonía —dijo el médico, tras examinarle—. No tenían que haber esperado tanto.

Antes de irse, el doctor dejó unas recetas con los nombres de los medicamentos que Mati debía tomar, e instrucciones para su uso. Las pastillas, que teníamos en casa, eran para bajar la fiebre; y las inyecciones para la infección. Debía darle a Mati una píldora cada seis o siete horas, y llamar al practicante del seguro para que viniera a ponerle los inyectables. Era muy importante; una inyección por la mañana y otra por la noche. El doctor fue muy preciso en todas sus indicaciones; dijo que lo más importante era contener la infección. Dijo que la neumonía no suponía un peligro, siempre y cuando, dijo, se lograra atajar a tiempo la infección.

Cuando regresé a su cuarto bajé las persianas, y serví un poco de agua en un vaso para que Mati tomase la píldora. Después que lo hizo, me senté en la mecedora junto a él.

—¿Te molesta que teja aquí? —pregunté.

—No —contestó. Tenía color en las mejillas y grandes ojeras. Estaba en la cama con los ojos cerrados y los brazos por encima del edredón.

Tejí en silencio unos minutos en medio de la penumbra del cuarto; no me hacía falta ver. No dejé de mirarle, pero Mati no había abierto los ojos.

—¿Dejarás el trabajo? —le pregunté.

—¿Cómo voy a dejarlo?

—Pensé que ella querría que vivieseis en su ciudad —declaré.

Entonces Mati abrió los ojos, y me miró con una mirada entristecida.

—¿Quién te habló de eso?

—¿Cómo esperabas que no lo hicieran? No sabes nada de la gente.

—No me parece bien.

—A mí tampoco —dije—. Rita y Marco vinieron anoche. Preguntaron por ti. Les dije que aún estabas en cama.

—Voy a un hotel —terció Mati—. Tengo reservada una habitación, ya lo sabes.

—Sí, lo sé.

Dejé la labor sobre la mecedora y le puse la mano en la frente. Debía de tener treinta y nueve o más, y apostaría a que sus pies estaban helados. Me sorprendió que pudiera estar despierto, pero cuando volví a mirarle sus ojos estaban fijos sobre el fondo de la habitación.

—Tus cosas van a arrugarse mucho dentro de esa maleta. ¿Quieres que las extienda?

—No te molestes —dijo él.

—No tiene que ser aquí; puedo ponerlas en nuestro armario.

—Será mejor que no.

Pensé que la fiebre le haría hablar así, y después de colocarle otra manta encima del edredón, salí por un rato.

Hacía una mañana fría y hermosa. Las nubes, hinchadas y grises, estaban cargadas de lluvia que de un momento a otro empezaría a caer, y del sol no se veía más que un cerco extrañamente brillante acercándose por las montañas al sur. Pronto, si el tiempo lo permitía, volveríamos a ver colgar en las calles las alegres bombillas de la Navidad. Los chicos regresarían a casa y, como todos los años, Mati traería un hermoso árbol y yo prepararía para todos ellos mis dulces de almendra. Por dos semanas, como cada año, volveríamos a cantar y a reír todos juntos. O así sería, al menos, si Mati no hubiera decidido marcharse.

Al llegar a la farmacia ya había empezado a llover. De regreso con los inyectables para Mati tuve que cobijarme varias veces del agua para no calarme hasta los huesos, y después que amainó un poco, caminé tan aprisa por la avenida desierta que estuve a punto de resbalar.

Cuando entré en la habitación de los niños, a Mati se le oía respirar. Sonaba como una cafetera rota.

—No puedes respirar, ¿eh?

—Estoy mejor —dijo. Pero no era verdad.

—No estás bien, cariño.

Me acerqué a la cama, y hallé a Mati en la misma posición en que lo había dejado. Tenía los ojos brillantes, y la piel sonrosada por el calor. Aún seguía mirando hacia el fondo del cuarto.

Le toqué la frente con la mano.

—No deberías haberte marchado de la habitación —le expliqué—; es más caldeada que esta.

—Ya lo habíamos hablado.

—Lo habíamos hablado, sí.

—Es lo mejor —dijo Mati, pero la mirada entristecida de antes parecía ahora llena de mal humor—. Nadie puede acusarme de que los chicos no tuvieron de todo.

—Los chicos están muy bien, cariño.

—No hagas caso de lo que dicen —agregó—. Ya dije que voy a un hotel.

—Lo sé.

Le vi llevarse una mano a la frente. Probablemente estaba peor. Lo mejor habría sido avisar al practicante.

—Deberías mantenerte a distancia, Eli —me dijo—. No quiero contagiarte mi enfermedad.

Calló por un momento, y luego, como si nada ocurriese, preguntó:

—¿Qué dijo el doctor?

Me senté y cogí las agujas de mi labor y comencé a tejer. Él me siguió con la mirada. Apartó la vista del fondo del cuarto, y me contempló. Estaba esperando mi respuesta.

—Que debes tomar esas píldoras. Con las píldoras bastará.

—¿Nada más? —preguntó.

—Lo más importante es que baje la fiebre —dije, mientras me recostaba cómodamente en la mecedora—. Para eso son las pastillas.

—Ya, pero... ¿Y la infección?

—El doctor dijo que no había cuidado. Con las pastillas bastará.

Mati se frotó la barbilla.

—Vaya... ¿No te parece raro?

—No —insistí, y continué tejiendo. Si tejía deprisa, podría tener acabado el jersey de Mati antes de Navidad—. Debes tomar esas pastillas, cariño; nada más. Fue lo que dijo el doctor.

OceanofPDF.com

El hombre que creía ser James Stewart

El hombre con el traje impecable y la barba bien rasurada seguía al otro lado de la puerta del Ritz. El tráfico del sábado por la noche atravesaba la avenida, ancha, bien iluminada por las luces de nuestros focos y salpicada de cámaras, mientras un flujo continuo de hombres y mujeres avanzaba hacia las puertas de los cines, donde la función estaba a punto de empezar. No volví a fijarme en él. De vez en cuando alguien se detenía y nos preguntaba qué estábamos haciendo allí.

—Rodamos una película —decía Costa, el ayudante de producción, mientras volvía con un café para Max.

Max estaba en el *hall*, hablando con el gerente, con Baby y conmigo sobre la última escena. Tres hombres y la señorita Lupi debían aparecer en cuadro por la puerta del ascensor, y desaparecer tras un biombo. Le advertí a Max que eran muchos.

—Deja solo tres.

—Quiero que sean cuatro.

Baby apartó su ojo del objetivo de la cámara, y ratificó:

—Los cuatro entran perfectamente.

—No se verá el espejo —dije, ignorando a Baby, tratando de hacer frente a Max.

El viejo dio otro trago a su café.

—Escucha, quiero que sean tres hombres los que rodeen a Miranda. Es una mujer peligrosa. Mírala; una rubia peligrosa.

—Miranda es soberbia —dijo Baby, como si Miranda Lupi le perteneciese a él y no a Max—. Es importante enmarcarla.

—Se van a comer el plano —insistí—. Nos daría lo mismo rodar la dichosa escena en el lavabo del hotel.

—Puede —dijo Max—. ¿Qué hace ese tipo ahí afuera? —preguntó al gerente, señalando la puerta giratoria.

El gerente del hotel, un hombre bronceado y apuesto al que habíamos engominado el pelo para la escena anterior, dobló los codos y dio un tironcito a sus mangas.

—Viene cada noche, señor Albert. No molesta. Cree que es James Stewart.

Max arrugó la frente, y se llevó la palma de la mano a la barba.

—Vaya, ¿qué te parece? —sonrió a Baby, quien también le sonrió.

—El mismísimo Jimmy aquí —rio Baby.

—¿Qué Jimmy?

Miranda, enmarcada por el espejo del *hall*, apareció mostrando sus dientes inmaculadamente perfectos y rodeó con su desnudo brazo el corpachón de Max. Me pregunté qué se sentiría al ser agasajado así por la misma encarnación del deseo.

—¿Qué nueva pelea has provocado esta vez, Noel? —preguntó. Pero Max no me permitió responder.

—Noel —se limitó a ordenar—, sal ahí afuera y haz que se largue ese loco.

Abroché mi abrigo y salí a la calle de mala gana, dejando a Miranda en sus brazos y a Baby discutiendo mi plano con él. Yo estaba allí para hacer los recados de Max, porque él era el director; no yo. No me pagaban por fotografiar, sino por discutir los detalles de mi trabajo con Baby, un simple ayudante de dirección; y por hacer de gorila. Ya llevaba algún tiempo trabajando con el viejo; y si quería que ladrase no tenía más que pedirlo: yo me pondría a ladrar.

Afuera, el viento había arreciado, y arremolinaba las hojas desprendidas de los árboles contra los pies de la multitud. Todos pasaban y se detenían un instante, mirando las cámaras con expresión de sorpresa. Me gustaba verlos así, fascinados; me hacía sentir especial. Solo ese hombre permanecía quieto junto a las puertas giratorias. En las manos sostenía un libro del que no apartaba la vista, salvo cuando ante él desfilaba alguna mujer elegante a la que examinaba casi con ansiedad hasta verla desaparecer dentro.

—Buenas noches —le dije. Él levantó la cabeza, y me dirigió una sonrisa discretamente cortés—. ¿Espera usted a alguien?

—Ella solía venir.

—¿Quién?

—Madeleine —sonrió con embarazo, y después continuó—. Bueno me refiero, en realidad, a la señorita Novak.

—Ah —exclamé, sin comprender nada.

—Cenábamos en Ernie's cada noche. Madeleine y yo. Quiero decir, la señorita Novak.

No parecía en realidad un loco. Entonces observé su barba de rabí ortodoxo, su traje impecablemente planchado, sus zapatos de piel, y le dije:

—¿Es usted un actor?

—Lo fui —respondió, mientras sacudía la cabeza—. Hasta que ella se fue. Cuando ella se fue me vi obligado a abandonar.

Yo estaba observando la recepción del hotel a través del cristal de las puertas giratorias. Podía ver a Baby atosigando a Max, y la mano de este resbalando por la espalda de Miranda, y esperé el momento en que ella se volvería y yo vería sus demoníacos hombros coronando el traje de fulana que los chicos de vestuario habían escogido para la escena del hotel. Los mismos hombros de la noche anterior. El hombre no se movía de allí.

—¿Qué fue lo que pasó? —pregunté.

—Se marchó —dijo él—. Jamás hubo nadie igual, no pertenecía a este mundo. Juntos éramos algo completo.

—Y usted dejó su trabajo.

—No era mi trabajo, se trataba de mi vida. Aquello era la realidad —miró distraídamente el suelo, y declaró—: Yo era Scott Ferguson, y ella Madeleine.

—No bromea —sonreí, cayendo de pronto en la cuenta—. Usted está hablando de esa película...

—No —replicó, con una voz ronca y firme—. Cada noche cenábamos en Ernie's, y después solíamos ir a bailar.

—Pero Ernie's era ese restaurante —le dije, mientras observaba al otro lado de la puerta, donde Max envolvía a Miranda en su abrigo y ella le

seguía hasta el ascensor—. El restaurante Ernie's, claro. Aquella película..., ¿cómo era?

—Estar con ella era tenerlo todo —continuó, como si no me hubiese escuchado—. Ella lo tenía todo. Era bella. Era perfecta; casi no era humana. Cuando ella aparecía el resto dejaba de existir. Nunca se vio nada igual.

—Oiga, le aseguro que le comprendo; pero no hay una sola mujer como esa, créame —puse mi brazo alrededor de su hombro, y traté de alejarlo de allí. Si me apuraba aún tenía tiempo de acompañar a Max y a Miranda. Aún podría cenar con ellos—. Verá, no puede seguir aquí. Estamos rodando una película.

El hombre se desembarazó de mi brazo. Me miró con una expresión de desprecio en sus rasgos, y se apartó de mí.

—Estoy seguro de que me ha reconocido —dijo—. Usted sabe perfectamente quién soy.

No sabía quién era, pero me inquietó oírle aquello. Cerró el libro que había estado hojeando y, despacio, le vi descender la escalera. Su porte era distinguido. Su barba estaba bien cortada, y su traje impecablemente planchado. No parecía un loco.

—Era perfecta —pronunció lentamente, aunque ya no se dirigía a mí—. Perfecta..., perfecta.

No había nada que hacer con él. Era miércoles por la noche y hacía frío; pero después de todo era una noche glamurosa. Los focos aún estaban dispuestos frente a la entrada del hotel y, en el interior del *hall*, la gente aún seguía deteniéndose. A la mañana siguiente, casi con seguridad, alguna emisora de televisión mandaría a un equipo para hacernos fotos. Era una noche gloriosa. Cenaríamos juntos, tomaríamos unas copas; y luego yo la esperaría en mi habitación. Era la mujer ideal. La esperaría todo el tiempo del mundo. Todo el tiempo del mundo.

Cuchilladas

La dejaron allí alrededor de medianoche, y más tarde, mientras la interrogaba, alguien avisó a Lacava para decir que su esposa lo esperaba al teléfono.

—Ha venido el doctor —le dijo.

—¿Y qué quieres que le haga?

—Ha dicho que Isaac tiene anginas.

—Escucha, esta noche hay jaleo aquí, Emma. No me esperes levantada.

—Lo siento —dijo Emma. Y tras una pausa añadió—: Víctor se fue. Todo ha acabado.

Lacava se mordió el labio inferior. Sentía ese galope en el pecho, el de los trabajos sucios.

—Bueno, y qué —jugueteó con la alianza, que le venía algo grande, y luego repuso—: Te dije que no quería oír hablar de ello.

—Las cosas serán diferentes —la voz de su esposa sonó afligida y culpable—. Me preocupa Isaac; es tan pequeño. Le costaba respirar hace un rato.

—¿Y crees que a mí no me preocupa? —sugirió él con aspereza.

—No he querido decir eso.

—Ha habido un asesinato, tenemos un tremendo jaleo aquí —concluyó. Tomó el paquete de cigarrillos, y se entretuvo en sacar uno—. Isaac estará bien. No me esperes levantada.

—Noel, lo siento. Lo siento de veras.

—Basta.

—No sé si podré dormir...

—Emma, vete a la cama, por el amor de Dios —exclamó—. Llamaré dentro de una hora. Isaac estará bien.

Lacava colgó el teléfono, y prendió el cigarrillo de mala gana mientras abandonaba el vacío despacho donde le habían pasado la llamada de su mujer. Isaac estaría bien; solo tenía tres años, pero era un muchacho fuerte. Era Emma quien le preocupaba.

Entró en el lavabo, y orinó. Después de todo, debía haberse largado hacía tiempo; en toda su vida no había hecho otra cosa que cumplir con su deber. Bebió agua y retiró la alianza del dedo antes de refrescarse la cara frente al desportillado espejo del lavabo de comisaría. Solo una vez la perdió, pero dio con ella. Esa alianza le fue siempre grande. ¡Al diablo!, pensó. Debió darle una paliza a Emma en cuanto descubrió el asunto; pero no era capaz. Él no era como los otros. No como Max, o como Leo; no tenía su estómago.

Sintió de nuevo ese caballo galopando dentro del pecho, como cuando Max tuvo que sujetarle en aquel callejón. Al otro lado de la luna unas gotas resbalaron por el mentón fuerte, cuadrado, asomado de barba. Si fuera otra vez más joven..., pensó Lacava. Volvió a ponerse la alianza, y salió, y regresó nuevamente a la sala de interrogatorios donde tenían a la mujer.

En la puerta había cierto revuelo. Dos agentes de uniforme salieron, y Max y otro detective llamado Ariola quedaron allí.

—No le estuvo mal al elemento —dijo Max a Ariola, y sonrió—. Le estuvo bien empleado. Dicen que andaba metido en lo del *ferry*.

—Un feo asunto —opinó Max.

—Bonito final para un vivo como él.

—Sí, bonito final.

Los dos miraron a Lacava y rieron.

—Esos tipos están mejor muertos —concluyó Max—. Un hijo de puta menos para vigilar.

—¿Ha muerto? —pensó en voz alta Lacava.

—Se lo tenía merecido —valoró el otro—. Tanto da que haya sido el mexicano o esa zorra que tiene por mujer.

Max palmeó el hombro de su amigo, y se estiró del cinturón, dejando su arma al descubierto. Lacava la observó. Era una Remington antigua, bastante grande, de la que Max hacía gala ante todos. A veces a Max le

llamaban así: Remington. A Ariola lo apodaban Perrazo, no sabía por qué; pero igualmente le gustaba su apodo. A todos les gustaban sus apodos.

Que él supiera, Lacava no tenía ninguno. Miró a su amigo a la cara, y bajó los ojos.

—Sí. Supongo que tanto da.

—Exacto, tanto da —rio Ariola. Y también rio Max, y después Lacava también rio.

Era el humor que se gastaban.

Cuando entró en la sala de interrogatorios, halló a la mujer en idéntica posición en que la había dejado antes de irse.

—¿Dijo algo? —preguntó al agente de uniforme que había quedado vigilándola.

—Nada de nada, inspector. Parece que el canario ha dejado de piar —declaró el de uniforme, mientras clavaba en ella una mirada torcida.

Él también la miró. Al fondo de la sala, la mujer rubia y flaca estaba sentada ante la mesa fumando un cigarrillo tras otro. Hasta el momento todo había sido rutinario, de un instante a otro cualquiera de los dos hablaría; pero a Lacava le empezaba a preocupar la hora. Pensó en su hijo con la garganta inflamada; cortándole la respiración. Era tan pequeño.

—¿Qué me dice de su esposo? —preguntó a la mujer.

Ella no contestó.

Los habían separado. El marido, un mexicano furibundo y cobarde que cojeaba de una pierna, estaba en la otra sala con Max. En tiempos había sido el chulo de una docena de putas. Ahora era de la timba del muerto, Eliades Balboa, un rufián de poca monta con quien probablemente ella andaba liada. La mujer se llamaba Ofelia y aseguraba que lo había matado. Estaban en el parque de atracciones de Bahía cuando, cerca del estanque, unos chiquillos empezaron a gritar. El marido había tratado de huir, pero un coche patrulla lo pescó a un centenar de metros tratando de pasar inadvertido. Cuando los otros agentes llegaron al embarcadero hallaron a la mujer de rodillas, junto al tipo aún vivo. Tenía en la cara dos cuchilladas, y en el abdomen otra más. Medio palmo del cuchillo estaba aún dentro. Eso era lo que decía el informe.

Lacava caminó con cansancio unos pasos hacia la mujer.

—Señora —le dijo—. ¿Se encuentra bien?

Ella no contestó. Le habían permitido fumar, pero no le habían traído cenicero, y sacudió el cigarrillo sobre el reguero de colillas extintas que había bajo la mesa donde se hallaba sentada. El cabello rubio, peinado en mechones, se enredaba en torno a las maquilladas mejillas.

—Es terca como una mula —intervino el oficial de uniforme—. Oiga, más vale que conteste al inspector, o si no...

—Déjela —interrumpió Lacava—. ¿Quiere que le traigan café?

El otro abandonó la sala a una indicación de su jefe, y los dos quedaron solos. Lacava se acercó a la mesa, despacio, contando las baldosas bajo sus pies, y apoyó en ella la mano. La mujer la contempló, y él reparó en el brillo fugaz de la alianza alrededor de su dedo. Cerró el puño, y lo apartó.

—¿Conocía al hombre muerto?

—Así que está muerto —habló por fin la mujer.

—¿Conocía a ese hombre sí o no?

—Ya dije que sí —afirmó. Cabeceó y dirigió la vista al suelo.

Él no supo a ciencia cierta si la mujer lo sentía o no, y le produjo un tremendo cansancio tener que analizar todo aquello. Entonces observó sus zapatos, su ajustado vestido, sus uñas pintadas de rojo. No era una mujer respetable. Pero no parecía una loca, ni tampoco una asesina.

—¿Qué relación tenía con él?

—Déjeme en paz —replicó ella—. Ustedes son unos chicos muy listos. Lo saben todo.

—Preferiría que me lo contara usted —dijo sentándose a la mesa. Agregó—: No tengo ganas de pensar.

La luz potente y amarilla se proyectaba en las paredes, y componía un espejo insondable sobre el amplio ventanal. Lacava observó su silueta, ligeramente encorvada, y después escrutó el cielo negro vacío de estrellas. Iba a llover, podía olerlo. De hecho, Lacava seguía pensando en su esposa. Unas anginas no eran cosa seria; Emma sabría qué hacer. Emma siempre lo había sabido. En otro tiempo había pensado que nadie podía saberlo como ella.

Se palpó el dedo en busca de la alianza; por un momento temió haberla olvidado en el baño. Pero allí estaba.

—Escuche, me importa un comino a quién quiera proteger; pero voy a aclarar todo este asunto.

La mujer levantó las cejas como si fuera a decir algo; aunque no dijo nada. Entonces Lacava se incorporó y golpeó bruscamente la mesa con sus nudillos.

—Señora —advirtió—, no me haga perder la paciencia. No le beneficiará en nada proteger a ese pájaro de ahí. Será mejor que coopere.

—Váyase al infierno —gritó ella—. Váyanse todos al infierno —y acto seguido escupió en el suelo junto a los pies de Lacava.

La cara del policía enrojeció. En ese instante escuchó nuevamente en su pecho el incesante galope, que le subía hasta los oídos y le acuchillaba los ojos. Apretó los puños en torno a la alianza hasta que le dolió.

—No vuelva a hacer eso —se oyó decir. Entonces se levantó de la silla, y alzando la mano por encima del hombro descargó un terrible golpe en su cara.

La mujer dejó caer el rostro.

—Cerdo —murmuró. Su voz era un hilo de bilis tras la maraña de cabellos.

Lacava se frotó el puño cerrado.

—Era un canalla —dijo ella. Levantó la cara, y le miró abiertamente a los ojos. Los tenía brillantes y atávicos, como dos antorchas de azufre—. Íbamos a marcharnos a Aurora. A Eliades lo seguían unos. Íbamos a huir de este asqueroso agujero.

Lentamente, Lacava dio la vuelta hacia el ventanal. Tras los cristales había empezado a llover, y la lluvia repiqueteaba con la saña de las garras de un animal moribundo. No quería oírla, pero a su espalda, la mujer continuó.

—Pretendía irse solo, ¿no lo entiende? —exclamó—. Leo es un pobre inválido. Hace tiempo que Leo dejó de servir para algo, ¿es que no lo ve? Déjenlo en paz.

Pero le dirigía la palabra a un hombre que ya no la escuchaba.

—Basta —ordenó, volviéndose hacia la mujer—. Fue su esposo quien lo acuchilló.

Ella hundió la cara en las manos y lloró. Lacava la observó un instante. Un hilillo de sangre le resbalaba por los dedos. Parecía un animal pequeño, herido, deslumbrado por los faros de un coche en medio de la oscuridad.

Se palpó la frente con la mano, y se sintió abyecto y frío.

—Señora —expresó con calma—. Sabemos que su marido tenía asuntos con el muerto. No hay nada que hacer.

Miró la hora en su reloj. Estaba seguro de que Emma no podría dormir, y de que lo esperaría levantada.

—Le acuchillé tres veces —oyó a la mujer mientras salía de la sala—. Era un mal nacido. Lo volvería a hacer. Lo volvería a hacer. Dejen a Leo en paz.

Se trataba de su esposo, y por lo tanto, intentaba protegerlo. Pero no había nada que hacer. Ese, pensó Lacava, era el motivo de su furia.

Cuando esa noche regresó a casa, su mujer le había dejado a Lacava la luz del garaje encendida. Guardó el coche, y después de echarse un poco de agua en el lavabo, entró a ver a su hijo. A través del tul de las cortinas se filtraba el resplandor de la calle dibujando figuras siniestras sobre la pared. Sin embargo, Isaac dormía plácidamente. Lo halló hecho un ovillo, con las sábanas plegadas y descubiertos los pies. Lo tapó con la manta, lo besó y salió al pasillo de nuevo.

Sentía bullir la sangre en sus venas, como si un caballo loco le corriera por ellas y fuese a salir por su garganta. Frente a la puerta del dormitorio se detuvo. No se oía nada; quizás Emma durmiese. Quizás fuese mejor pasar la noche en el sofá. Lacava la empujó suavemente y entró medio cuerpo dentro de la habitación. Emma dormía boca abajo, con la cara sepultada en la almohada, a la que rodeaba con sus brazos.

Prestó atención. Pero no oyó sonido alguno, así que salió del cuarto. Cuando estaba ya en el pasillo oyó la voz de ella llamándole, y volvió.

—Noel —la cabeza de su esposa se alzó un poco de la almohada. Lacava se quedó de pie.

—¿Qué quieres? —dijo sin moverse.

—Está mejor —dijo ella—. Le di el jarabe que recetó el médico.

—Bien.

—Pero habrá que extirpárselas.

Lacava no respondió. Permaneció un rato más de pie, y después de un instante entró y empezó a quitarse la camisa.

Ella le observó en silencio. Tenía los ojos arrugados, para ver mejor en la oscuridad; pero no parecía haber dormido.

—¿Vas a irte? —le preguntó.

—No voy a ninguna parte. Estoy cansado.

—Él no volverá —manifestó ella tristemente.

Sobre el tejado se oía golpear la lluvia. Lacava se sentó a los pies de la cama para quitarse los zapatos, y se mordió el labio inferior.

—Maldita lluvia —declaró.

—No volverá a ocurrir —dijo Emma—. Te lo prometo.

Entonces su esposa se irguió, y apoyó la mano en su espalda.

Lacava se volvió bruscamente, como un lobo hambriento, y miró a su mujer. Sentía sus miembros convulsos. Ese caballo loco volvía a galopar en su estómago, frenético, desesperado, como cuando Max tuvo que sujetarle en aquel callejón.

—Maldita sea —gritó. Alzó la mano y siguió gritando por encima del estruendo de la lluvia. Emma se apartó—. No vuelvas a hablarme de ello, ¿me oyes? No vuelvas a hacerlo, o juro que...

Y la mano continuó allí.

Ella no dijo nada. Durmió quieta a su lado, como si esperase tranquilamente el inevitable fin de algo terrible. Lacava también lo temió. Tras los cristales, la lluvia crecía en su incesante estrépito y después resbalaba blandamente a lo largo de ellos, como si fuera algodón, para remansarse en el frío alféizar formando charcos que el alba convertiría en hielo, y que el sol volvería de nuevo a derretir.

La jaula

Emma repasó con la barra sus labios finos como líneas frente al pequeño espejo de carey. En la oficina, las últimas chicas recogían sus abrigos en medio de una ruidosa algarabía.

—Apresúrate, Rita; por el amor de Dios.

—Oh, vamos, cariño; a los hombres hay que hacerles esperar un poco. Buenas noches, señorita Bris. Y felicidades.

Tras una pausa, sin volver la cara del espejo, Emma respondió.

—Adiós.

Antes de guardarlo en su bolso lo alejó unos centímetros. Su cara, que siempre había sido pequeña y redonda, era ahora alargada; parecía rebasar el espejo. Se empujó la mandíbula con el envés de la mano; se estiró la piel y se humedeció los labios. Aseguró las maquilladas pestañas sobre sus párpados, y después sonrió; pero era como si le doliesen las muelas. Era innegable que se le había alargado la cara, tal como su madre auguró siempre; y además, ese tinte caoba no solo no le hacía más elegante, sino que parecía mayor.

Enfundó su vieja máquina de escribir. Regó el rododendro, mientras los primeros murmurios de las mujeres del servicio de limpieza comenzaban a recorrer la sala repleta de escritorios vacíos. Se puso el abrigo, recogió la jaula con el canario que había permanecido todo el día bajo su escritorio, y tocó con los nudillos en la puerta del señor Osborne.

Cuando oyó el «Adelante» del señor Osborne, abrió la puerta y entró.

En el despacho de paredes forradas con estantes de madera noble repletos de libros, flotaba un fragante aroma a tabaco de pipa. Los cláxones, la luz de los semáforos y las farolas de la calle se filtraban por el amplio

ventanal, tras la espalda del señor Osborne, enmarcando su canosa cabellera y las marciales hombreras de su traje a medida.

El señor Osborne siguió inclinado sobre el papel.

—Buenas noches, señor Osborne —dijo Emma con la jaula en una mano, asomando solo parte del cuerpo.

—Buenas noches —dijo el señor Osborne sin alzar la cabeza—. Ah, Emma; querría que me preparase usted ese *dossier* de la Glax —y alzando los ojos apenas—: Pero, vaya, se iba usted. No quisiera...

—No se preocupe, señor Osborne —dijo Emma. Avanzó sonriente hasta la mesa donde el señor Osborne seguía escribiendo, y empezó a quitarse el abrigo. Era un regalo de Mati; una simple imitación—. No puedo tardar mucho más de una hora en preparar el *dossier*, señor Osborne.

—Está bien, Emma —dijo el señor Osborne, arqueando las cejas como si fuese a mirarla—. No quisiera estropear sus planes para el viernes. Ah, y no olvide hacérselo firmar a Fargo.

—No tiene usted que preocuparse por nada —dijo Emma. Apoyó la jaula sobre el sillón para las visitas que había a este lado del escritorio de Osborne, y miró al señor Osborne—. Esta noche pensaba salir a cenar, señor Osborne, es mi cumpleaños; pero no debe usted preocuparse porque la reserva no es hasta las diez. Siempre lo celebro en D'Angelo, un restaurante encantador a dos manzanas de la plaza Oeste.

—Comprendo —el señor Osborne alzó su pluma, y miró la jaula con la cara vacía de expresión.

Emma se estiró la falda, y sonrió al señor Osborne.

—Oh, disculpe por el canario, señor Osborne —dijo, acercando la jaula a sus maquilladas pestañas—. ¿Verdad que es encantador? Algunas de las chicas han recordado la fecha y decidieron obsequiarme con algo que imaginaron me iba a gustar. Hay que amar a los animales, ¿no cree? No a todos, claro —y rio con picardía al decirlo, mirando al señor Osborne a través de los barrotes metálicos—. Yo habría preferido un gatito. Siempre tuvimos gato cuando era niña; sin embargo, eran otros tiempos, claro. En estas casas tan pequeñas..., figúrese, un gato solo en mi piso, correteando todo el día y llenándolo todo de pelos. En cambio, los pájaros apenas ocupan lugar, y son tan encantadores, ¿no le parece?

—Desde luego —dijo el señor Osborne; y reparando de nuevo en su pluma, volvió a posarla sobre el papel—. No olvide hacer que lo firme Fargo, Emma. Dígale que entre a verme después.

—Descuide, señor Osborne.

Y Emma regresó a su escritorio. Después de colgar su abrigo nuevamente en la percha, soltó la jaula en el suelo. El pájaro, hierático sobre el mismo travesaño de donde no se había movido en todo el día, aleteó nervioso. De vez en cuando hacía girar la cabeza a un lado y a otro, como si algo le inquietase; pero no parecía tener intención de cantar. ¿Sería posible que fuese mudo?

Emma lo empujó con el pie. Quitó la funda con que un momento antes había cubierto la máquina, y al tiempo que instalaba un nuevo pliego en el rodillo, tomó el teléfono y marcó.

Una voz adormecida le contestó.

—¿Otra vez estabas durmiendo, Mati? —replicó al teléfono.

Tras un bostezo la voz respondió, pastosa y desapasionada.

Emma frunció los labios mientras buscaba el *dossier* de la Glax en su mesa.

—Por todos los santos, Mati; si alguien me hubiera dicho que acabaría teniendo tratos con un hombre tan perezoso, no lo habría creído. En toda su vida durmió mi padre más allá de las seis.

En ese instante, un hombre fuerte y peinado hacia atrás, con la camisa del uniforme remangada, apareció de pronto en el otro extremo de la habitación. Llevaba un vaso de plástico en la mano y un gran manojo de llaves que tintineaba, mientras avanzaba, en la hebilla de su cinturón.

Emma se llevó distraídamente la mano al pelo, mientras contenía un gesto de enojo.

—Pues recoge el coche del garaje, Mati, por el amor de Dios. Y más vale que vengas por mí.

—Buenas noches, señorita Bris —dijo el hombre cuando hubo llegado junto a ella. Se sentó en su escritorio, hizo tintinear las llaves, y dirigió a Emma una sonrisa arrogante e infantil—. Mucho trabaja usted, me parece a mí.

Y siguió sonriendo con sus pequeños ojos clavados en Emma.

Emma sintió que se estremecía como si algo la oprimiese por dentro. ¿Por qué tenía que venir a molestarla ese hombre justamente ahora?

—Aguarda un momento, Mati —dijo; y tapando el auricular contra su pecho, miró de soslayo al hombre mientras hacía girar el rodillo de su máquina de escribir—. Buenas noches, señor Ros. Tendrá que disculparme, pero estaba...

—Oh, llámeme Víctor, señorita Bris —dijo el señor Ros, depositando su vaso cerca de la mano de Emma—. Mira que se lo he dicho veces. Soy un sencillo vigilante, señorita Bris. Cielos —y sacudía la cabeza al decirlo—; nadie me llama nunca señor Ros.

Emma se estiró la falda, y se alejó irnos centímetros de él.

—Si no le importa —dijo rozando sin querer la jaula donde el canario había empezado a piar—, preferiría seguir llamándole señor Ros.

El hombre sonrió, y una hilera de dientes perfectamente alineados brilló en su atezada cara. De repente se inclinó hacia adelante, y bajó la vista desde los ojos de Emma hasta la jaula que descansaba a sus pies.

—Oh, vaya, ¿qué secretillo esconde usted ahí, señorita Bris? —De un brinco sorteó el escritorio, entre un estrépito de llaves, y vino a acucillarse junto a Emma. Emma se apartó—. Déjeme ver. Caramba, si es un pajarillo. No me diga que también usted es amante de los pájaros —dijo mirando con ternura la jaula, que ciñó con sus peludas manos.

El pájaro aleteó nervioso; saltó de una traviesa a otra como si hubiese cobrado vida de pronto. Emma se asustó. Después fue a posarse sobre uno de los dedos del hombre, y comenzó a cantar.

—Vaya, le aseguro que siempre he pensado que no hay nada en el mundo más delicado e indefenso que un pajarillo, señorita Bris. Uno siente deseos de cuidarlos, ¿no le parece que es así?

Elevó la vista hacia Emma, y a Emma le pareció que sus ojos se hacían aún más pequeños; como cabezas de alfiler.

—Es un regalo que algunas muchachas de la oficina me han hecho, señor Ros —y añadió, bajando los ojos—: Hoy es mi cumpleaños.

—¡No! —Aún a sus pies, el señor Ros hizo un movimiento brusco. Contrajo su cara como si alguien le hubiese azuzado, y entonces, súbitamente, puso su mano en el tobillo de Emma.

Emma lo apartó.

—Pero qué... ¿Se puede saber qué está haciendo, señor Ros?

El señor Ros puso los ojos en blanco, los elevó hacia el techo, y apoyó una rodilla en el entarimado. Después, juntando ambas manos sobre el pecho, las dirigió hacia Emma.

—Vaya; pero eso no es justo, Emma —mientras hablaba, sacudía la cabeza de un lado a otro con ademán apenado—. Yo digo que no es humano hacerle trabajar así el día de su cumpleaños; no señor. No puede ser que esté usted aquí tan sola en un día como el de hoy, Emma.

—¿Se ha vuelto loco, señor Ros? —dijo Emma, sin disimular su enojo. Hasta el canario, aferrado a los barrotes de la jaula, parecía haber enloquecido—. Haga el favor de marcharse, o avisaré al señor Osborne.

—Oh, vamos, Emma; no se enfade —dijo el señor Ros, poniendo su mano sobre el brazo de Emma.

Emma recogió la jaula del suelo, y con el teléfono todavía en la otra, se apartó aún más del señor Ros.

—Está usted asustando al canario —y retirando el auricular de su pecho —: Si me disculpa, estaba hablando con mi novio.

El hombre se incorporó.

—Vaya, señorita Bris; perdóneme usted. No sabía que hablaba con su novio —tomó su vaso del escritorio, y sin apartar los ojos de Emma, se alejó unos pasos caminando hacia atrás—. Pero le repito que no es justo que esté usted tan sola en un día como el de hoy. No, señor.

—Eso no es asunto suyo, señor Ros —dijo Emma.

Se estiró la falda; y después de dejar la jaula nuevamente en el suelo, acercó su oído al auricular.

—¿Mati? Sí, querido; continúo aquí —siguió con la vista al señor Ros hasta que desapareció envuelto en el ruido metálico de sus llaves—. ¿Cómo dices? Ya sé que D'Angelo queda solo a dos manzanas de tu casa, Mati, por el amor del cielo; pero no pretenderás que vaya yo sola cargando con la jaula del pájaro por toda la ciudad.

Al otro lado del hilo la voz, parsimoniosa y calma, aspiró el humo de un cigarrillo y siguió hablando.

—¿Qué es eso de que hoy no pensabas sacar el coche? —gritó Emma al teléfono—. Mati, es mi cumpleaños. ¿Qué?, ya sé que me has regalado un abrigo, pero creía que íbamos a ir a cenar. Si mi padre viviera se avergonzaría de ti: un hombre perezoso y bebedor; qué vergüenza —la voz protestó—. ¿Que qué tiene que ver mi padre? Mati, ¿se supone o no que soy la mujer a quien amas?

Emma bajó los ojos, y escuchó. Apretó el auricular contra su oído, y siguió escuchando un rato más lo que la voz tenía que decir; y después colgó.

Para cuando hubo acabado de mecanografiar el *dossier* eran más de las nueve y media. El señor Osborne, al teléfono cuando Emma entró en su despacho, movió la cabeza y sonrió al aire por toda señal de gratitud.

Enfundó nuevamente su máquina, y tras ponerse el abrigo, regó el rododendro por última vez y recogió la jaula del suelo. El pájaro había dejado de piar; parecía dormido. Emma se preguntó si no estaría muerto.

Decidió bajar por las escaleras en vez de esperar el ascensor. Todo estaba en silencio. Bajó muy despacio los escalones de la tercera planta, cuidando de que la jaula no dañase sus medias.

En la segunda planta, de repente, la luz se apagó. Emma se detuvo. Oyó un ruido cerca. Le pareció que el pájaro aleteaba, que empezaba a piar. Después, antes de dejar la jaula en el suelo, sintió la oscuridad rodeándola. Pero no se asustó.

Ladrones de maletas

Bajaron a buen paso por la avenida Troyana, y se sentaron en un recodo del puente. A Rosi le dolían los pies. Aún faltaban tres horas para la una, hora en que el tren salía. Nadie andaba por allí; ni rastro de la policía desde el cruce con la avenida Trípoli. Una patrulla rutinaria, nada más.

Nadie lo había notado. Esa maleta estaba simplemente allí, en la recepción del hotel. El hombre había salido con ella y la había abandonado en el *living*; y entró luego en el locutorio para telefonar. Entonces Marco la cogió. Tal como hacían otras veces, mientras ella vigilaba al hombre, Marco salió a la calle con la maleta en la mano, y la esperó a unas cuantas manzanas. Era como lo hacían. Como siempre, al reunirse con Marco a Rosi le latía fuerte el corazón; parecía salirse. Como siempre, Marco se rio.

No corrieron. La acera estaba resbaladiza a causa de la sucia pátina de nieve caída durante el día anterior, y cuando Rosi echó a andar tras Marco notó el hielo deshaciéndose como un chicle mascado bajo sus pies.

Después de abandonar el puente, estuvieron callejeando un poco. No había luna. La noche se había cernido lentamente, primero con sus hilillos luminosos, después con su manto frío de oscuridad. En el barrio Viejo, que recogía el crepitar contenido de las pisadas de los dos y lo esparcía entre las casas mugrientas, Marco soltó la maleta y aplastó sus labios contra los de Rosi.

—¿Qué haces? —Le apartó ella. No se había afeitado, y su cara la hería. Lo odiaba cuando se comportaba así. Aunque también le gustaba. Tiró de su blusa, y miró hacia el fondo del callejón—. Ahora no.

Marco rio, y su carcajada fue rebotando de los oídos de Rosi a las ventanas negras y los tejados llenos de gatos hambrientos.

—No te rías, estúpido —le increpó ella, mirando a un lado y a otro—. Pueden oírnos.

—Ha sido fácil, ¿no? —dijo él—. Tan fácil como coser y cantar.

—No quiero hacerlo más, Marco, ¿me oyes? —Era como hablarle a una piedra cuando Marco estaba caliente, o después de llevar a cabo uno de sus asuntos. Era un animal—. No quiero hacerlo —repitió.

—Rosi, Rosita —canturreó él, meloso. Después dejó la maleta en el suelo, y corrió a lo largo de la calle dándole patadas a un bote—. Pues claro que no, nena. Esta ha sido la última vez. Ese tipo estaba forrado. Vamos a corrernos la gran juerga en cuanto cojamos ese tren.

—Vámonos, Marco. Vayamos a la estación. Dijiste que iríamos a ver a mi madre.

—Claro, nena; nos iremos —y volvió a atronar con su risa los oídos de Rosi. El pelo rubio le caía sobre los ojos pequeños, rojos, que echaban chispas desde el fondo de la calle en sombras. Parecía un animal—. Iremos a la estación, y cogeremos un tren que nos lleve muy lejos. ¿Qué te parecería, Rosi, pasar esta Navidad en un bonito hotel de la costa?

—No quiero ir a la costa, Marco. Hace años que no veo a mi madre. Estoy harta de dar tumbos, Marco, dijiste que iríamos. Iremos —ordenó al fin, con los ojos incendiados—. Estoy harta de esta mierda, y de hacer siempre lo que tú dices.

—Cierra el pico, ¿quieres? —gritó él, e inmediatamente después sonrió como un niño. Se sentó a horcajadas sobre la maleta, atrapó la muñeca de Rosi, y la atrajo hacia sí con tanta fuerza que Rosi estuvo a punto de caer—. Anda, Rosi, ven aquí.

—No, Marco, ahora no —le rogó—. Vámonos.

Vagaron más de una hora entre las basuras hediondas esparcidas por los cubos del vecindario. Las sirenas de la policía resonaban a veces; lejanas, como barcos a punto de zarpar. Rosi, unos pasos detrás de Marco, caminaba jadeante. Ante una casa de cuyo sótano salían luz y ruido a la oscura calle por la puerta abierta, Marco se detuvo.

—Vamos a celebrarlo, ¿eh, Rosi?

—Necesito sentarme —dijo ella—. No puedo más.

Dos chicas en ropa interior que se contorsionaban frente a la puerta del local, se agarraron a la camisa de Marco cuando este pasó junto a ellas, y tiraron de él tratando de llevarlo dentro. Rosi las insultó. Y también insultó a Marco cuando intentó reírse. Pero luego se cogió de su brazo, y fue caminado a su lado mirando con el ceño fruncido hacia el otro extremo de la calle. Marco tiraba de ella, mientras la otra mano sujetaba fieramente el botín. La maleta parecía pesar, pero no lo bastante para Marco. Marco era fuerte. A veces podía ponerse muy bruto, pero era capaz de todo. Rosi habría apostado a que Marco podría cargar con las dos. Al fondo, el reloj de la torre de la estación dio las diez.

—Rosi, cariño. Tengo la garganta seca —suplicó al cabo—. Bebamos algo, ¿eh?

La expresión de Rosi se endureció. Miró fríamente a Marco, y dijo:

—Has dejado de quererme, ¿verdad, Marco?

Él protestó.

—Rosi, nenita, ¿a qué viene eso? —Y con la mano extendida dio un golpe fuerte en su trasero, y sonrió. Rosi vio asomar su hilera de dientes blanquísimos, llenándole toda la cara, mientras la boca se torcía en una mueca afectuosa—. ¿Has olvidado ya quién te sacó de ese asqueroso agujero, eh?

—No —se estremeció Rosi. Bajó los ojos para decir—: No habría soportado un día más con él.

—¿Has olvidado quién le dijo a ese tipo que se fuera al infierno, eh? ¿Con su tienda y con todo?

—Ya he dicho que no.

Caminaban calle arriba por el centro de la calzada, que brillaba como la superficie mojada de un barco, y al llegar al siguiente cono iluminado por la luz del farol tomaron por una callejuela estrecha.

—Rosi, cariño, cualquier otro se habría largado solo; pero yo no, ¿recuerdas?

—¿Y por qué no, Marco? —Y después de preguntarlo, Rosi hizo detenerse a Marco. Entonces, sin soltar su brazo, le miró con ojos de

infantil inocencia y saltó alrededor de él—. Quiero oírtelo decir de nuevo, Marco. ¿Por qué no te largaste solo? Porque me quieres, ¿verdad?

—Ese tipo era un pelmazo, Rosi; cualquiera podía verlo. Allí sentado todo el día, rodeado de esas asquerosas mascotas, y sin hacer caso de ti. Eras demasiado para él.

—Le odiaba.

—¿Y cómo no ibas a odiarlo? Un tipo que se pasaba el día dando de comer a sus hámsteres.

—Les quería más que a mí —dijo Rosi, tomando su puño para besarlo.

—Parecía uno de ellos, ¡ja, ja! Parecía un jodido hámster, Rosi. Y tú, su ratita. Demonios, nena, ¿cómo pudiste casarte con un tipo como él? —Y prorrumpió en carcajadas.

Un ligero temblor sacudió el mentón de Rosi. Marco, congestionado por la risa, depositó la maleta a sus pies y dejó que sus carcajadas cruzasen como truenos por el callejón.

Cuando Rosi se desprendió de su mano se sentía furiosa. A veces, cuando se reía así, le odiaba.

—Al menos él me trataba bien, ¿me oyes? Con él vivía segura; se portaba bien conmigo. Él me habría llevado a visitar a mi madre —levantó la vista al cielo, y a lo lejos vio el brillo apagado, remoto, de la luna llameando al otro lado de las nubes semejante a una candela detrás de un tul—. Él no me habría obligado a robar maletas.

—Nena, eso se ha acabado. Ahora nos podremos instalar.

—Mentira.

Marco cabeceó mientras recogía la maleta del suelo, y echó a andar aprisa delante de Rosi. Rosi permaneció unos instantes mirándole, y apretó luego el paso para alcanzar a Marco. La noche, con su aliento frío, empezaba a endurecer el hielo bajo sus pies. Habría deseado pisar el linóleo cálido de la tienda.

Salieron a la calle Nínive cuando unas pocas gotas de lluvia comenzaban a dejarse caer, pero el destello azulado de los faros de un coche patrulla brilló en el otro extremo de la calzada, y corrieron a refugiarse en un portal.

—Volvamos al barrio Viejo —dijo él—. Aún tenemos tiempo de tomar un trago.

—No —se opuso Rosi—. Vamos al parque. El parque está junto a la estación.

Y se adentraron de nuevo en la oscuridad de las calles. La niebla comenzaba a ocultar las farolas colgando de las esquinas, como a encapuchados blancos entre sus tenues jirones. Por allí irían derechos a la estación. Necesitaba descansar; necesitaba el abrazo caliente y mullido de un asiento tapizado. Había aún tiempo de volver a ver a su madre. Quizás había aún tiempo de volver.

Un gato pardo de ojos rojos cruzó corriendo las tinieblas. Rosi se asustó. Miró a un lado y a otro, y se aferró al brazo de Marco, que apretó su cuerpo contra el de ella. Estaba caliente, pero Rosi sintió como si un pez poderoso y mojado deslizase su piel por la de ella y la arrastrase hacia el mar.

Después de un rato, en un colmado de la esquina, Marco se detuvo a comprar cerveza.

—Marco, si me quieres, llévame a la estación —le dijo, y su voz era suplicante—. Quiero salir de aquí.

Marco empujó la puerta y entró.

—Chiquilla, nos iremos en un momento —dijo riendo, sin volver la cabeza—. De la mejor —ordenó al dependiente.

Un hombrecillo pequeño y gordo, con la cara arrugada igual que una nuez, depositó unas botellas en la barra y clavó sus ojos en la maleta.

—Una noche horrible para viajar, ¿no creen? —le dijo a Marco. Y su mirada, inquisitiva, saltó de la maleta hacia Rosi—. Su esposa debería comer algo; no se debe viajar con el estómago vacío. Tenemos una estupenda empanada de carne aquí, señora.

—No, gracias —contestó ella, llevándose distraídamente la mano al pelo. Luego, retrocedió un par de pasos, y se volvió a hojear una revista del estante.

—¿Qué me dice usted, señor? ¿Le apetece?

—Eh, oiga, ¿dónde están los cigarrillos?

—Al fondo.

Cuando Marco se alejaba por el pasillo, a su espalda Rosi escuchó nuevamente la voz enronquecida del hombre. Le miró de reojo sin dejar de leer.

—No se ve a mucha gente por aquí a estas horas; este puede ser un negocio aburrido, ¿me comprende? Si ve algo que le guste no tiene más que pedírmelo; ¿eh, señora? —dijo, casi en un susurro.

—No me diga.

Un gesto de desagrado tensó la cara de Rosi al volverse hacia el dependiente, que había abandonado el mostrador. Le devolvió la revista, y avanzó entre los mugrientos estantes hasta reunirse con Marco.

—Ese hombre no me gusta —le dijo.

—¿Qué hombre?

—Te digo que se huele algo. No deja de mirar la maleta. Tampoco a mí me quita ojo.

—Vamos, nena. ¿No ves que es un pobre desgraciado?

—No me quita ojo, te digo —respondió con aspereza—. ¿Es que no piensas hacer nada?

—¿A qué te refieres? No puedo partirle la cara a cada tipo que se fija en ti.

—Ya veo. Me venderías por una cerveza, ¿verdad? Apuesto a que valgo para ti menos que esa maleta, ¿verdad?

Rosi echó a andar por el pasillo hacia la puerta de entrada, con Marco pisándole los talones.

—Vamos, Rosi, déjalo ya —y deteniéndose en la caja, tendió al hombre unos billetes—. Aguarda un momento, te he dicho que vuelvas...

—¡Quédate con la maleta! —le gritó ella—. ¡Quédate todo! Eres un cerdo; pensaba que me querías, pero no me quieres. Él sí me quería.

—Rosi, chiquilla, deja de decir bobadas —junto a la caja, el hombre contemplaba la escena con la cara vacía de expresión—. ¿Qué miras tú, condenado paleta? —Y alzando la maleta por encima de la barra, Marco bramó como un buque—: Te interesa esto, ¿eh?

El hombre retrocedió tras la barra, y farfulló algo entre dientes.

—¡Hijo de puta! —rugió Marco.

—Marco, no.

El dependiente quiso escabullirse, pero en ese momento Marco le aplicó un terrible golpe en el hombro. El hombre cayó al suelo, y Rosi vio a Marco desaparecer tras el mostrador.

En el parque, permanecieron en la sombra oscura de un árbol jadeantes, él con una mano apoyada en la corteza y la otra en el labio ensangrentado, y ella sosteniendo la maleta, cerca de medio minuto. Nada se movía alrededor. La niebla, tupida y blanda, parecía una mortaja flotando en el fondo oscuro del océano. Entonces Rosi se enderezó bruscamente y arrastró a Marco hasta un banco próximo.

El labio estaba partido; y palpitaba como el corazón de un animal. Mientras ella curaba la herida, Marco forzó la maleta y comprobó el interior.

—¡Uhhhh!, ha merecido la pena, ¿eh, Rosita?

—No tenías que darle tan fuerte.

—Caray, ¿y qué querías que hiciera?

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Rosi, mientras impregnaba con su propia saliva un extremo de la blusa y lo pasaba por el labio de Marco. Se tiñó de rojo en un momento.

—¡Cariño!, ¡nena! No te preocupes por nada.

—Pero ese hombre... Le diste demasiado fuerte.

—Vaya, ¡mira todo esto! No está nada mal, ¿eh? —dijo Marco, abriendo y cerrando los ojos, que centelleaban como relámpagos blancos en la oscuridad—. Somos los amos del mundo.

Cerró la maleta, y se tumbó cuan largo era en el banco, con la botella de cerveza en la mano y la maleta muy cerca de él.

Rosi se dejó caer a su lado. Tenía los miembros tensos. Sentía el cuerpo como una carga pesada y muerta de la que tuviese que tirar.

—¿Iremos a ver a mi madre? —preguntó a Marco con voz insegura, mientras él daba otro trago a su cerveza—. ¿Iremos?

Marco cabeceó.

—¡Oh, vamos, cariño! Déjame con eso.

Enrojeció la cara de Rosi.

—Si no vamos, me iré, ¿me oyes? —Y sus puños se apretaron bajo el abrigo—. Volveré con él, te lo juro.

Marco, roja la cara, se echó a reír estrepitosamente con los ojos llenos de alcohol.

—¿Y que te hace pensar que él dejará que te quedes? —Y después se incorporó de un salto, y fue a acurrucarse junto a Rosi—. Ven aquí, nenita... Iremos a donde tú quieras.

—No sé por qué tuviste que darle tan fuerte —gritó ella, forcejeando.

—Vamos, pequeña, vamos...

Y la besuqueó muy despacio en el cuello. Rosi se estremeció. Era como un animal. A veces Marco era como un animal salvaje.

—Volveré con él —repetía ella, mientras Marco introducía su mano bajo la blusa, y la deslizaba suavemente. La deslizó arriba y abajo. La tenía fría. Rosi cerró los ojos, y notó como si un cuchillo afilado resbalara por su costado y ascendiera despacio por la piel caliente de su abdomen; erizándole el vello, tensando la carne mórbida alrededor de sus senos.

—Aráñame —le ordenó.

Y dejó hacer a Marco.

El reloj de la estación del Norte martilleó doce veces, y el aire frío de la noche se llenó del eco enmohecido y verde de las campanadas. No bien cesaron, Rosi despegó los ojos. Se había quedado adormecida, su cabeza pesadamente apoyada en el duro banco del parque, junto a la cara de él. A pesar del frío, sintió el olor que los dos desprendían, a sudor y a cerveza. Contuvo un gesto de asco y se despegó de Marco. Sus tersos carrillos se hinchaban, como la garganta de un sapo, en cada respiración. Lo contempló un instante, medio hipnotizada, hasta que oyó el golpe seco de su robusto cráneo golpeando contra las tablas de madera.

—¿Nena...? —balbuceó Marco, y se retrepó luego en el banco, haciéndose un ovillo alrededor de la botella.

Rosi se puso las medias y arregló su vestido, mientras volvía la cara para no tener que mirarle. Nada, salvo el reloj de la torre, parecía moverse alrededor. ¿Era posible que el mundo no supiese lo que hacían? ¿Que no

supiese nada de ellos? ¿Era posible que el mundo continuara su marcha infinita y ciega, indiferente a ellos dos? ¿Que no los castigara?

A lo lejos, más allá de los árboles, Rosi creyó oír un ruido. Sus músculos se tensaron. Agarró una pernera del pantalón de Marco y apretó con fuerza la tela mientras escudriñaba la oscuridad.

—Marco —susurró.

Pero no vio a nadie; no había luna y todo se hallaba envuelto en una fina capa de niebla.

Marco se revolvió en el banco:

—¿Rosi? —Golpeó con su bota la pierna de Rosi, y continuó durmiendo.

Rosi se frotó el morado, y echó un vistazo a la maleta. Marco aún no la había soltado. Descansaba en el suelo, junto a su cabeza; sus dedos rodeando blandamente el *asidor*. Pensó en tomarla y desaparecer. Quizá Marco se equivocase. Quizás aún había tiempo de volver.

—Marco —volvió a llamar, sacudiendo su brazo, mientras examinaba las sombras.

Marco no se movió.

Soltó el brazo y de su bolso sacó el espejo; y bajo la agónica luz de la farola se contempló en él. Una profunda marca le surcaba la mejilla izquierda, semejante a una herida. Se volvió con disgusto hacia el hombre tendido a su lado, contorsionado como un animal, y descargó un fuerte golpe en su pierna. Con todas sus fuerzas.

Él gimió.

—¿Rosi...? —balbuceó. Un hilillo de sangre se descolgaba por su cuello. Giró en redondo en el banco, como lo haría un bebé, y se volvió a dormir.

Antes de guardar el espejo, Rosi se contempló una vez más. Su cara le pareció monstruosa. Como en carnaval. Entonces vio que las lágrimas resbalaban por sus mejillas corriendo la pintura de los ojos, deslizándose por su nariz. Lloró con saña. Lloró con saña hasta que le dolió.

Y después, con la maleta en la mano, cruzó el parterre de flores que rodeaban el banco y se dirigió vacilante hacia la verja. Era una maleta muy

pesada. Tiró de ella, y sintió el cuerpo baldado y manso como una gruesa espiga con el grano a punto de caer.

Caminó unos metros cerca de un roble moribundo que se había desprendido de sus hojas secas, y mientras se volvía un instante para contemplar a Marco, se oyó pisar las crujientes hojas marchitas que se quebraban bajo sus pies. Aún dormía. Estaba allí, abandonado. Como un muerto, completamente indefenso.

Delante de ella, al otro lado de la verja de entrada, la torre de la estación se le figuró un templo sagrado, enmarcado por el nimbo de fuego de la luz eléctrica de la ciudad.

OceanofPDF.com

Las ratas

Aquella noche Leo estaba sentado en la sala de espera y oía correr a las ratas por los conductos de la ventilación. No las oyó enseguida. Había estado fumando junto a la ventana, cuando el ejército de las últimas personas que había ido de visita abandonó el hospital entre murmullos callados, arrastrando cansinamente los pies camino del ascensor. Las ratas hacen bastante ruido cuando van de un lugar a otro. Son animales muy grandes, pueden medir hasta treinta centímetros. A veces, llegan a ser más grandes. Pero cuando realmente se las oye es cuando todo queda en silencio. Leo lo sabía bien; había trabajado más de veinticinco años como reportero, y donde quiera que estuviese, no había habido noche en que no se las oyera a todas horas. Aunque se remueva cielo y tierra, las ratas no desaparecen nunca. Más de una vez había tenido que asistir a algún desalojo por fumigación; y cuando al final del día volvía a quedarse solo en medio de aquellas estancias vacías, silenciosas e inmensas, las ratas continuaban allí. Entonces, le había parecido a Leo que aquellas hordas de ratas podrían acabar con todo. Si se lo propusieran. Y, aunque ahora estaba casi seguro de que en realidad las ratas no tenían ningún propósito, no estaba dispuesto a quedarse dormido y que le cogiesen desprevenido en aquella solitaria sala del hospital. Leo estaba en el hospital viendo morir a su padre.

Había experimentado ya diversas formas de no quedarse dormido en aquellos dos meses que llevaba velando a su padre. Recordaba el gimnasio donde acudía a ver entrenar a Gigante cuando era niño, e imaginaba estar sentado delante del cuadrilátero, viéndole encajar puñetazos a diestro y siniestro a todo lo largo de él. Dejaba el autobús del colegio en la calle donde su padre tenía el taller, y bajaba luego mirando los pasteles de los escaparates, sorteando los pantalones raídos de los hombres que regresaban

a casa del trabajo, apresuradamente, hasta el gimnasio donde entrenaba Gigante. Gigante López había crecido en su barrio, el mismo barrio de patios malolientes e infectos, y hombres rudos acostumbrados a beber. Solo a dos manzanas de su casa. Era grande y mayor; tan mayor, pensaba Leo entonces, como podía ser un hombre sin llegar a ser viejo, como lo era su padre.

Caminaba despacio; a veces le gustaba pararse un momento ante una de aquellas tiendas llenas de anaqueles dorados y campanas de cristal, e inventaba en su bolsillo unas cuantas monedas, que sin embargo nunca estuvieron allí, para gastarlas en uno de esos succulentos manjares de ébano coronados de nieve. Hacía un rodeo para esquivar el taller de su padre, y entraba en el gimnasio por la puerta de atrás. Un gran cartel de colores chillones anunciaba la próxima pelea; Gigante López con calzón dorado y unos relucientes guantes negros de boxear. Inclinado sobre la fregona, Tumbao le saludaba al entrar:

—¿Otra vez por aquí, chico?

—Hola, Tumbao. ¿Está?

—Está, claro que está, ¿dónde iba a estar si no? ¿No deberías andar en el colegio?

—Ya acabé, Tumbao —contestaba Leo, sin dejar de avanzar hacia la luz por el estrecho pasillo en penumbra al que Tumbao nunca había logrado arrancar la mugre.

Olía a serrín y a humedad, y eso a Leo le gustaba. El corredor daba paso a una amplia sala donde varios hombres llevaban todo el día entrenando; sudando, concentrando sus energías y probablemente sus sueños en esos sacos de arena que colgaban del techo, en los *puching-balls* y en las cuerdas. A menudo, alguno de aquellos hombres saludaba a Leo, mostrando unos ojos de infantil inocencia o simplemente mostrando sus ojos de verdad, tal como su padre decía, y le pedían que fuese por agua. Aún podía oír a su padre diciéndolo:

—¿Quieres acabar así, eh, hijo? Dime, ¿quieres acabar así? ¿Con ojos de sonado? ¿Sin otra razón para pelear que unos billetes?

—No pelean por dinero. Gigante, no.

—¿Ah, no? ¿Acaso crees que pelea por algo más? ¿Crees que defiende algo?

—Defiende su título. Él es valiente.

—No me hagas reír —decía su padre, aún podía oírlo. Y volvía a sumergir su cuerpo dentro de uno de aquellos rugientes motores que acabaron por roerle un pulmón y parte del otro.

Siempre, sin embargo, Leo encontraba alguna buena razón por la que Gigante peleaba. Gigante López peleaba porque era el más fuerte, así de sencillo. Y porque podía demostrarlo. De haber sido el más fuerte, también su padre habría peleado. A veces, después de haberle seguido a lo largo del *ring* desde uno de los bancos del fondo, Gigante le dejaba subir a las cuerdas y le marcaba un rato.

—Vamos, chico, cúbrete, ¿ves? —decía Gigante, dando saltos alrededor de él, protegiéndose la cara con el puño izquierdo—. Así; no dejes nunca de protegerte la cara cuando coloques un directo. Así, ¿ves? Eso es.

Entonces Gigante se paraba en seco en el *ring*, con los guantes desgastados apoyados sobre las caderas, y las piernas abiertas, poderosas como columnas, y le decía:

—¡Oye, chico! Tú tienes madera.

—¿De veras, Gigante?

—Dime, ¿has visto pelear a Ferrara?

—¿A Bruto Ferrara?

—Es un paleta, pero pega bien. Tiene un buen gancho de izquierda.

—No tiene nada que hacer contigo —terció el Zurdo, al otro lado de las cuerdas—; siempre que no pierdas el tiempo demasiado.

—Bueno; no sé, Zurdo. Pega bien. Voy a necesitar suerte con ese chico.

—No tiene nada que hacer contigo —repitió Leo con orgullo, mirando de reojo al Zurdo que pasaba por entre las cuerdas, y colocó un albornoz sobre los hombros del pupilo—. Tendría que llenarse los guantes de plomo, ¿verdad, Zurdo?

—Vamos, chico, déjale. Gigante tiene que descansar.

—¿Descansar? Pero Zurdo, ayer dijiste lo mismo.

Había por allí un par de hombres vestidos con trajes y abrigos que vinieron a pararse junto al *ring*. El más alto le gritó al entrenador:

—Déjale, si quiere, Zurdo.

—De acuerdo, señor Mendoza. Pero sé lo que le conviene.

—Podría estar dando saltos dos horas más, señor Mendoza. Estoy en forma, ¿verdad, chico?

—Eres el mejor —declaró Leo, sin dudarlo un segundo.

—Y podrías dañarte esa costilla, y ser volteado en el primer *round* —manifestó el Zurdo, mientras abandonaba el cuadrilátero—. Vete a casa.

—Como tú quieras Zurdo; pero ya no me duele.

—Díselo a Cairo —terció el segundo de los hombres, que miró al señor Mendoza y se rio—. Estuviste un rato mordiendo la lona.

—Puede —respondió Gigante. Pasó por entre las cuerdas, saludó al señor Mendoza, pero no al otro hombre; y mientras se encaminaba hacia los vestuarios, Leo le siguió.

—Chico, si consigo noquear a ese Bruto, te enseñaré a pegar, ¿qué me dices?

—¿De veras, Gigante? —preguntó Leo, y veía a Gigante delante de sí como a un inmenso titán, capaz de todo. Imposible imaginarle ninguna debilidad, a menos que uno fuese de noche y le cogiese dormido.

Pero algunas noches Leo no podía recordar nada de esto; la imagen de Gigante López con su calzón dorado se diluía en las paredes de la sala de espera como uno de esos cúmulos blancos que van perdiendo en el cielo su caprichosa forma; y por más que se esforzaba en convocarla, el olvido era más pertinaz. Entonces Leo trataba de rezar por su padre. Eso era algo que le costaba un gran esfuerzo, rezar; porque hacía mucho tiempo que Leo había dejado de hacerlo. Hacía en realidad mucho tiempo que había dejado de creer y de rezar, y ahora, cuando juntaba las manos y cerraba los ojos y lo intentaba, le parecía verdaderamente difícil que hubiera alguien dispuesto a creerle. No podía recordar cuándo fue la última vez que rezó, pero lo que hacía en esos casos era siempre lo mismo: juntaba las manos y cerraba los ojos, y dejaba que su mente quedara en suspenso, vacía, hasta que poco a poco las imágenes y los recuerdos se empezaban nuevamente a sucederse.

El primer recuerdo era siempre el del garaje de la casa donde nació su padre, y el olor a bencina y a aceite, y una cuerda que colgaba de una de las gruesas vigas del techo, mugriento y bajo, donde se balanceaba una rueda que por aquel entonces Leo ni siquiera podía rozar; y más adentro, en los estantes de la pared del fondo, entre el veneno para las ratas, las maquetas que su padre había construido cuando aún era joven; minúsculas muestras de buques, galeones y carabelas, todos con sus mástiles y sus cañones, y sus esquifes colgando en la borda, todos minúsculos también.

Esas noches, para no quedarse dormido, trataba de recordarse a sí mismo rezando; la primera vez que rezó, y después la última. Imaginaba estar en aquel garaje y luego, como cada noche, siguiendo la vieja escalera hasta el piso de arriba, veía a su madre en la penumbra del dormitorio junto a él; con las manos juntas y recitando en voz baja una oración que hablaba sobre unos corderitos mansos y unos hambrientos hombres justos, Leo acababa durmiéndose.

Recordó una noche, antes de dejar esa casa y venir a vivir a la ciudad, en que su madre no subió a rezar la oración. Leo descendió la escalera, y cuando entró en el garaje encontró la luz encendida; la rueda que solía pender de la gruesa viga del techo ya no se hallaba allí. Y tampoco estaban las maquetas, ni el veneno para las ratas; y en los estantes del fondo no quedaban más que unos cercos, oscurecidos e informes, flotando en una pátina sucia de polvo. Su padre estaba fuera, con una lata de gasolina en la mano, quemando algo en un viejo bidón. Cuando vio a Leo, dejó la lata en el suelo, se sacudió las manos, y miró hacia el fondo del garaje.

—¿Ya estás satisfecha? —dijo.

Su madre estaba detrás, muy quieta; con la cara circunspecta y los brazos entrelazados alrededor del camisón.

—Solo dije que dónde íbamos a poner todo eso; al fin y al cabo aquello no es más que un cuchitril. Mejor no llevar cosas inútiles.

—Malditas ratas —sentenció su padre—. Malditos chupadores de sangre —recogió la lata del suelo, y vertió el resto de su contenido en el bidón. Las llamas, azules y furiosas, ascendieron casi hasta sus ojos—. Dame esa caja, Leo —le dijo.

Leo salió del garaje y le tendió la caja, que era bastante pesada e iba golpeándole las espinillas al caminar. Dentro había algunos barcos y otras cosas más que su padre examinaba cuidadosamente y después iba echando en el fuego. Los grillos cantaban con insistencia, y Leo recordó que el Ford de su padre estaba en el patio, a este lado de la cerca, con las puertas abiertas de par en par y el portaequipajes lleno. Le preguntó si podía quedarse con alguno de sus barcos.

—Lástima de tanto trabajo —murmuró él, mirándolos. Y después, pasando junto a Leo, se dirigió hacia la casa arrastrando los pies.

Él quedó un momento ante el fuego, viendo desde más abajo cómo las llamas saltaban y se retorcían, y hacían reventar los pequeños cascotes de los barcos como si fuesen globos, pero no vio ninguna rata; hasta que su madre le tomó de la mano, y lo llevó nuevamente a su habitación. Al recordar todo ello, se dio cuenta de que a partir de entonces ya nunca volvieron a rezar.

Algunas noches, no obstante, ni siquiera era capaz de recordar estas cosas; la casa donde nació su padre se le aparecía en la memoria como una apocalíptica masa informe, ardiendo entera. Entonces, se levantaba del banco de la sala de espera y recorría el pasillo una y otra vez. Caminaba despacio, golpeando despiadadamente con los talones en las baldosas renegridas del suelo, contándolas, desafiándolas; y al llegar al fondo del corredor daba la vuelta de nuevo y las volvía a contar. A veces, cuando el número se hacía impronunciable, se veía obligado a pensar otra cosa. Esas noches trataba de recordar a su madre, las mujeres con las que había estado, los amigos que le habían querido, las veces que había cogido un taxi y las conversaciones que había tenido, y cuando ya no recordaba nada más se quedaba muy quieto en el banco, y escuchaba. Esa noche, podía oír perfectamente el ruido que hacían las ratas recorriendo los conductos de la ventilación.

Su padre estaba en la habitación de al lado. Normalmente, Leo sabía si dormía su padre porque le oía roncar. Pero esa noche no roncaba. Quizás el viejo había oído también a las ratas; quizás. Quizás también tenía miedo de dormir. Esa noche, Leo estaba sentado en el banco más próximo a la puerta

de su cuarto. Justo encima de él, había una rejilla conectada a la salida de aire. Se removió en el banco e hizo un poco de ruido; pero siguió sin oírle, así que entró.

La luz tenue y azulada del foco bañaba las facciones del viejo, cuyo rostro emergía entre las sábanas ligeramente sonrosado. Tenía buen color. No significaba nada, sin embargo; lo había dicho el médico. Leo guardó las manos en los bolsillos, y se acercó lentamente a la cama. La habitación solo tenía una; junto a ella, en una pequeña mesita estaban las cosas de su padre: un pañuelo, una sencilla alianza, el reloj. Las paredes habían sido pintadas de blanco, que empezaba a amarillear cerca del techo. Todo estaba en calma, y su padre parecía dormido. Más allá de la ventana se perdía el ruido de la calle; el rumor lejano y tardío del último tráfico, algunas pisadas dispersas; aunque Leo aún podía oír a las ratas.

—¿Por qué demonios no te has ido? —dijo súbitamente el viejo.

Leo se estremeció.

—Vine tarde; Diana se retrasó.

—Trabaja mucho.

—Estabas dormido —terció Leo.

—No deberías dejar que tu mujer trabajara.

—Ya no es mi mujer, papá.

—¿Quieres traerme un poco de agua?

—Claro.

Dio la vuelta a la cama, siguiendo con la mirada las puntas de sus zapatos, y al tenderle el vaso a su padre pudo ver en su rostro la enfermedad. Lo tenía tenso, apergaminado; la piel se había empezado a arrugar alrededor de los labios con ese rictus definitivo, y en torno a los ojos semicerrados se había ido acumulando la sangre, tiñéndolos de una sombra violácea.

—¿Qué dijo Max? —le preguntó.

—Que sí; que lo compraría.

—Bien —contestó su padre. Cuando Leo le miró tenía los ojos clavados en los pies de la cama, con la mirada perdida—. Fue mío durante cuarenta años.

—Aún es tuyo —dijo Leo.

—Cierto, aún lo es. Ninguna rata consiguió arrebatarme ese taller.

—Ninguna rata, papá. ¿Por qué no duermes?

—Ya dormiré; ahora no tengo sueño —hizo una pausa para humedecerse los labios—. Todo hombre debe tener algo suyo.

—Lo sé.

—Quiero decir que, aparte de nosotros y de ti; tu madre y yo no tuvimos nunca nada más que ese taller.

—Te fue bien en él.

—Pero las personas no cuentan —terció el viejo, como si no le hubiese escuchado—. Las personas vienen y van, y necesitan cosas que las amarren. Una propiedad le dice a un hombre lo que es, y dónde está. Por pequeña que sea.

Leo se sentó a los pies del lecho, y le miró. Con todos aquellos sedantes, lo normal habría sido que durmiese; pero el viejo aún seguía con los ojos clavados en los pies de la cama.

—Diana vendrá mañana a verte —dijo Leo—. Dijo que te enviaba su amor.

—Me pregunto si tu madre estará allí.

—No pienses en eso, papá.

—Tu madre no lo entendía; puede que esté en otro sitio —murmuró—. ¿Qué dijo Max?

—Dijo que no se alegraba; pero que llevaba esperando muchos años —su padre levantó los ojos, y le miró. Permanecía en la cama muy quieto; parecía ajeno a cuanto ocurría a su alrededor. Leo se preguntó si estaría delirando—. Cálmate. Es mejor que te duermas; no deberías fatigarte.

—Max es un buen hombre. No es otra rata, al menos —calló por un rato, y después añadió—: ¿Cómo te va, hijo?

—Me va bien, papá.

—Ganas dinero en el periódico; no dejes que tu mujer trabaje.

—Lo pensaré. Ahora, será mejor que te duermas.

—Tú también las oyes, ¿verdad?

Leo se levantó de la cama, y con las manos dentro de los bolsillos, caminó hacia la puerta del cuarto. Su padre tosió. Le oyó revolver las piernas en el interior de las sábanas, y después, quedarse muy quieto. Algo

más tarde, desde el banco de la sala, le oyó roncar. También esa noche Leo logró permanecer despierto. Las ratas no dejaron de correr. Y las siguientes, tampoco.

Una semana más tarde, por la mañana, alguien del hospital telefoneó al periódico para decirle que su padre había muerto. El médico le dijo a Leo que su padre había fallecido mientras dormía, y que no había sufrido. Le invitó a que permaneciese en su despacho todo el tiempo que quisiera; no tenía por qué salir enseguida. Leo ocupaba una silla al otro lado de una gran mesa de roble, pero cuando el médico abandonó la sala, le siguió. Le emplazó a esa misma tarde a las nueve, en la capilla de servicios fúnebres; tendrían listo a su padre para entonces.

Al terminar de comer salió. Fuera, el aire de la ciudad olía a hamburguesas y a frío. Oscureció. Metió las manos en los bolsillos y echó a andar calle abajo, rozando al pasar a obreros de tez curtida y olor a sudor. Llegó al hospital cuando ya la tarde extinguía sus brazos púrpuras sobre los edificios, redondeando suavemente los ángulos en las cornisas y en las esquinas de las calles. El viento hacía parpadear las luces entre las ramas de los árboles, como luciérnagas alrededor de un farol.

No había nadie en la capilla. Era una estancia pequeña y oscura, de techo bajo, con unas diez hileras de bancos dispuestas frente al altar donde, dentro de un círculo de velas, se hallaba el ataúd aún abierto. No quiso mirarlo. Se sentó en la primera fila de asientos, y entonces cayó en la cuenta del silencio que reinaba allí. De fuera, llegaba de vez en cuando el rumor de un coche alejándose, y Leo vio el taller de su padre, polvoriento y espacioso, templado por el dióxido de los tubos de escape, el mismo día que Gigante peleaba. Aquel día había un gran Sedán de color negro por debajo del cual asomaba el viejo par de pantalones con los que su padre solía trabajar. Eran de estambre, azules, con una pernera rota hacia la mitad de la pierna. Cuando oyó a Leo, su padre asomó por los bajos del coche como un Vulcano cojo emergiendo del averno.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A la pelea. Gigante me regaló una entrada.

Su padre le miró atentamente mientras abría con cuidado el capó del auto. Ante el motor ennegrecido, se inclinó.

—Dame esa llave de ahí, ¿quieres? —indicó con el dedo.

Leo le tendió la llave.

—Ven aquí, quiero que veas esto. El negocio será tuyo algún día; tienes que aprender.

Los dos miraron lo que su padre hacía sin decir una sola palabra. Luego, su padre le tendió la llave, se apartó del Sedán y ordenó a Leo que siguiera.

—Yo no quiero arreglar motores —declaró él.

Su padre se recostó en la parte de atrás del coche; encendió un cigarrillo, y aspiró el humo con los ojos cerrados.

—¿Y qué has pensado hacer?

—No he pensado nada.

—Has pensado en pelear, ¿no es cierto?

—No lo sé —admitió.

—Andas como loco por sacudirle a alguno, ¿eh?

—No.

—¿Crees que ese atajo de vagos y las ratas que les chupan la sangre son algo especial?

—Creo que son valientes; sé que lo son.

—Pegar puñetazos es ser valiente, ¿no es eso?

—No —dijo Leo. Y después de un rato, añadió—: Gigante es valiente porque no le tiene miedo a nadie.

—Eso crees, ¿eh? —replicó su padre—. Y crees que eso es todo.

Apagó el cigarrillo bajo la suela del zapato, y se volvió hacia el capó del Sedán, al que sacó brillo con el envés de la manga.

—Quiero que pienses seriamente en trabajar el negocio.

—Voy a ir a verle pelear.

—O que pienses algo. Ya es hora.

—Quiero ir a verle pelear. Me regaló la entrada.

—Lo has decidido, ¿no?

Después, su padre rodeó el automóvil mientras se limpiaba las manos con un trapo. En sus ojos había un brillo especial.

—¿Qué edad crees que tienes, hijo?

—Quince.

—Tú no vas a ningún sitio —anunció, y sumergiéndose debajo del coche, desapareció de nuevo.

Pero el más fuerte era Gigante, eso lo sabían todos. Mucho más fuerte que su padre; Gigante no habría dejado que su madre se fuera, dejándolos allí. Habría podido tumbar al viejo de un golpe, cualquiera habría podido tumbarlo. Gigante poseía un título que lo avalaba, además, y que defendería con uñas y dientes; y Leo estaría allí para verlo. Aún sonaba la televisión en el apartamento cuando atravesó el pasillo, se detuvo ante la sala donde su padre permanecía viéndola, y salió por la puerta cerrándola despacio tras de sí.

Aquella fue una noche más fría que otras. Había una fina capa de rocío que cubría los cristales en las ventanas, las aceras resbaladizas, las hojas de los árboles desprendidas por el viento, de una forma que casi hacía pensar que alguien había escupido sobre ellas. Solo los faros de un coche cruzaron la oscuridad en el camino que recorrió hasta la estación del metro. El combate tenía lugar en las afueras, a dos manzanas de donde Leo se apeó.

Entraba en el local, que estaba lleno de gente, cuando vio al Zurdo con el mánager de Gigante y el mismo hombre que había visto en el gimnasio la vez anterior. Estaban los tres hablando junto al pasillo que conducía a los vestuarios. El Zurdo le saludó.

—Acaban de pesarlo —dijo—. ¿Quieres entrar a verle?

—¿Puedo?

—Pero tómatelo con calma, chico —dijo el hombre más bajo, sonriéndole a Mendoza—. Hoy no es su día.

Leo llegó hasta la puerta del vestuario y metió la cabeza dentro. Gigante López estaba sentado allí, con el albornoz puesto y una toalla sobre los hombros, mirándose las puntas de los pies. Alzó la vista un momento, y saludó.

—Es tu primera pelea, ¿verdad, chico? —preguntó—. No esperes gran cosa.

—Le vas a machacar —dijo Leo.

—A mi mujer no le gusta que boxee, ¿sabes, chico? Nunca me ha visto. Ni siquiera ha venido a la ciudad; ella y la niña me esperan en casa —

sacudió la cabeza, y después le miró—. ¿Cuántos años tienes, chico?

—Casi dieciséis.

—No esperes gran cosa, ¿me has oído?

—¿De qué estás hablando? Le vas a machacar, Gigante.

—Claro —dijo Gigante, y siguió mirándose las botas.

Después, la puerta se abrió de nuevo y el Zurdo, seguido del señor Mendoza, entró en el vestuario mientras el otro hombre esperaba fuera.

—¿Cómo te sientes? —preguntó el mánager.

—Bien. —Gigante dejó caer la toalla que llevaba sobre los hombros, y se quitó el albornoz. Tenía los hombros más anchos que Leo había visto en su vida. Dio la espalda a Mendoza, y fue por el rollo de vendaje que le tendía el Zurdo.

—Protégete la costilla —dijo el entrenador, mientras le envolvía una mano en la venda.

—La costilla está bien.

El Zurdo lo miró un momento antes de contestar.

—Cálmate —le dijo. Y después saludó a Mendoza, y abandonó el vestuario.

El señor Mendoza golpeó el hombro de Gigante mientras le acompañaba a la puerta, pero este ni le miró.

—Adelante, Claudio —dijo. Fue la primera vez que Leo escuchaba su verdadero nombre—. Eres el mejor, no vayas a pensar que no lo sé. Sé que sabes lo que tienes que hacer, no es momento para bromas.

Salieron. Bruto Ferrara estaba ya en el *ring*. Desde su asiento, Leo vio cómo el árbitro hablaba con el Zurdo y el entrenador de Ferrara, mientras los dos boxeadores entrechocaban sus guantes sin dejar de mirarse el uno al otro. Después fueron cada uno a su respectivo rincón. No bien sonó la campana, Gigante salió a su encuentro. Colocó dos golpes de izquierda en su cara, y golpeó con la derecha en el estómago. Todo el mundo gritaba; Leo gritaba con ellos. Ferrara entró entonces en *clinch*, y descargó su izquierda sobre el costado de Gigante; muy abajo, pero el árbitro no gritó *foul*. Leo le vio doblarse, mientras trababa los brazos del otro. El árbitro se acercó, y los dos hombres se alejaron cada uno a un extremo del *ring*. Desde su asiento, vio al señor Mendoza hacerle una seña a Gigante. Parecía

pálido, pero echaba fuego por los ojos. Ferrara daba saltos alrededor de él, incitándolo a venir, pero él permanecía quieto en el centro del cuadrilátero. Por fin Bruto se acercó y los dos hombres se lanzaron a un cuerpo a cuerpo. Gigante se deshizo del lazo, lo adelantó con la barbilla clavada en el pecho, y con algunas fintas lo arrinconó contra las cuerdas. Peleaban muy cerca de él, pudo ver sus caras; los ojos rojos de Gigante y el aire hinchando las aletas de su nariz. Entonces Gigante colocó una izquierda muy débil en la cabeza de Bruto, y después con la derecha descargó un terrible golpe en su abdomen. Bruto Ferrara cayó al suelo. Leo le vio moverse, pero no se levantó.

Al finalizar el combate únicamente el Zurdo saltó al *ring*; puso una toalla alrededor de sus hombros, y ayudó al vencedor a descender de las cuerdas. Después, solos, Leo los vio atravesar la multitud. Fue la última vez que le vio.

Al día siguiente, en el periódico de la mañana vino la noticia de la muerte de Gigante. Cuando Leo se levantó, el viejo le había dejado en la cocina una taza de café y un poco de pan, que se había puesto duro con el frío. Gigante López había muerto en su hotel, mientras dormía; no se sabía muy bien por qué. Los doctores hablaban de insuficiencia respiratoria, pero mucha gente pensaba que lo habían matado. También su padre lo creyó.

—Malditas ratas —le oyó decir.

—A ti qué te importa —gritó Leo—. A ti qué te importa que haya muerto.

—Siento pena por él.

—Pues no lo hagas. Él no lo necesita. Él no le tenía miedo a nadie.

—Claro, hijo —replicó su padre.

Y Leo recordó que aquel día, en vez de ir al colegio, su padre le hizo ayudarlo a limpiar el taller. Estuvieron juntos todo el día, limpiando cada rincón. Recordaba una arqueta llena de cagadas de rata, y un armario cerrado con llave que entre los dos consiguieron abrir, y entre las muchas cosas que hallaron, una caja que contenía la maqueta de un pequeño balandro con las velas desplegadas. Cuando Leo lo vio, su padre lo tomó en sus manos y le contó de qué estaba hecho. Recordó cómo después de haber colocado los cepos con el veneno para las ratas en cada uno de los rincones

del taller, él y su padre estuvieron jugando a las cartas, y cómo le ganó. Algunos años más tarde, cuando Leo fue a la universidad, su padre se sintió orgulloso.

Pasó la noche en la capilla. Las velas en torno al féretro temblaban como un ejército de inocentes en la oscuridad; alrededor, todo estaba silencioso y quieto. Antes del alba se levantó. Se acercó a su padre y permaneció a su lado con las manos juntas y los ojos cerrados hasta que la luz del día se filtró por los vitrales y tiñó de malva el interior. Estuvo allí mucho rato, hasta que ya no pudo recordar nada más; y después salió. La niebla comenzaba a levantar sus dedos blancos de las fachadas azules de las casas. Cruzó el aparcamiento aún iluminado por la luz del farol, y atravesó un solar abandonado donde se acumulaban los escombros. Allí se detuvo. No podía oírlas. Escuchó, pero no pudo oír a las ratas.

OceanofPDF.com

Escena en un hotel

De modo que bebió el café lentamente, relamiéndose los labios. Afuera, la lluvia había arreciado y los penitentes se mojaban los pies. Dentro, el radiador eléctrico parecía no dar calor, así que se levantó de la mesa y se sentó junto a él. Pero no estaba bien. La vida era tan complicada.

—Ojalá tuviese aquí mis pájaros —le dijo.

Él, que leía hacía rato en la mecedora, contestó sin alzar la cabeza del libro.

—Bueno; no pasa nada.

—Claro. Pero me gustaría tenerlos.

Bebió más café. Tomó el folleto y leyó que en algún lugar del Tíbet había un santuario en donde los monjes respiraban a menor velocidad que el resto de los seres mortales.

—¿Por qué harán eso? —le preguntó a él, que seguía atento a su lectura.

—Es una forma de conseguir la calma.

—¿La calma? ¿Y respirar despacio no les pone nerviosos?

Él suspiró sonoramente, y la miró por encima de sus gafas de metal.

—Es justo al contrario. Siempre te lo digo, mi vida —le recordó—. Respiras mal. Esa es la causa de tus nervios.

Se empujó la montura con un dedo y volvió a leer.

Qué tontería, pensó ella. Pasó la página del folleto. Había una foto de un cielo intensamente azul, y en el horizonte, los dientes de una cordillera con las cimas blancas. En la foto de al lado, todo estaba lleno de nieve. Volvió a la mesa con el folleto y se sentó.

—Quisiera que no hiciese tan mal tiempo —se quejó ahora—. Si no hiciese mal tiempo me cortaría el pelo, y saldría a montar en bicicleta.

—Puedes hacerlo de todas maneras —dijo él, monótono.

—¿Quieres que me corte el pelo?

—No. Supongo que me da lo mismo. Pero puedes montar en bicicleta. Puedes alquilar una en recepción. Quizá... —dijo elevando las cejas sin llegar a mirarla—, quizá eso te calmaría.

El azúcar estaba junto a la taza. Ella llenó la cucharilla, y aunque sabía que después iba a estar tan dulce que no podría beberse, la volcó sobre el café.

—No me calmaría —contestó. Y tras una pausa—: Esta ciudad es tan gris. Yo siempre estoy aquí sola. Y siempre está lloviendo. Y esos tristes penitentes...

—Ahora estoy yo contigo, ¿no, amor?

—Estás, pero no estás —dijo ella. Cogió el folleto y lo arrolló y aplicó el ojo a uno de los extremos—. Dime, ¿es que ya no te gusta mi pelo?

—¿Pero qué...? —Él sonrió con incredulidad mientras cambiaba de postura en la mecedora—. Has vuelto a tener esas ideas, ¿no es cierto?

Miró el folleto, arrugado, entre sus manos. Lo apretó con fuerza mientras le miraba a él. Pero cuando él cerró el libro e inclinó hacia ella la mecedora, no le miró a los ojos.

—No, cariño —musitó—. De verdad que no.

Él se quitó las gafas, y se inclinó aún más.

—Dime, ¿qué has hecho?

Era insoportable oírle hablar así. Ahora se pondría nerviosa. Empezaría a respirar y a ahogarse.

—Esto no sería tan intolerable si, al menos, pudiera cuidar de mis pájaros.

—Oye; decidimos venir, ¿no, cariño? Vamos —acercó, sonriente, su mano—; sé buena chica, ¿eh?

Andando bajo la lluvia y olvidados de todo, los penitentes marchaban formando un lúgubre séquito detrás de la imagen, al otro lado del ventanal. El folleto estaba cada vez más arrugado; ella lo estrujó más y más. Pensó que ya no servía para nada.

—Yo no quería venir —gritó, sacudiendo la cabeza—. Lo hice solo por ti. Si al menos me hubieses dejado traer a los pájaros.

—Bueno; cierra ya el pico, ¿quieres? Y deja de respirar de ese modo. Vas a acabar con tu salud.

—No me digas que respiro mal. No me digas nada de eso: si tuviera aquí a mis pájaros estaría fenomenal. No tendría que preocuparme de respirar de una manera o de otra.

OceanofPDF.com

La voluntaria

Así que les dejé que hablaran mientras yo servía los cafés. Era la hermana de mi esposo, y tenía muchas cosas que contar. Había operado a muchos niños al norte de Mostar, cuando los primeros tiempos de la guerra; durante aquellos días terribles en que todos hablábamos de ella pero habríamos dado cualquier cosa por no estar allí. Le gustaba fumar puros y después que acabaron los conflictos lo dejó, decía, porque había visto demasiado.

Decía que había aprendido demasiadas cosas. Muchos médicos habían querido sacar algo de toda aquella miseria; y algunos lo hicieron, al parecer. Sin embargo a ella, decía, le gustaba estar allí. Acercó la silla, mientras hablaba, a la silla donde estaba sentado mi esposo; y entre tanto yo serví un poco más de café en las tazas de los dos. Ella había recorrido el país más de cien veces con su quirófano de campaña, y se enorgullecía de haber salvado la vida a multitud de hombres, hombres que habían sido fuertes, cuando en los primeros tiempos de la guerra carecían de casi todo. Le gustaba el carácter abnegado de aquella gente, y su forma triste de cantar. Movía las manos al decirlo, enérgicamente, como si fumase un cigarro grande o quisiera escenificar de algún modo esas canciones de las que hablaba. Se había aprendido algunas y otras las había registrado para poder estudiarlas cuando ya no se encontrara allí. Puso ojos de añoranza al decirlo. No le gustaba nada, en cambio, la costumbre de las mujeres de esas tierras de traer hijos al mundo sin parar.

Se me presentó en la cocina cuando yo estaba fregando los platos y la llevé conmigo al patio trasero, donde tenía que preparar las mochilas de los niños que al día siguiente marchaban de excursión. Al salir hacía frío, era primeros de noviembre; pero ella no pareció inmutarse. La intrépida hermana de mi esposo era una mujer muy recia, y retraída también. Los

soldados le habían hecho algunas cosas desagradables, pero de eso habló poco. Me ayudó a llevar dentro las mochilas y luego, cuando creía que no la miraba, vi que las observaba en silencio. A consecuencia de haber conocido el mal, dijo al fin, no comprendía que aún sintiéramos ese deseo irresponsable de traer más criaturas al mundo:

—¿Es que no os dais cuenta? —me preguntó.

—Sí —dije yo.

—Es una crueldad —dijo—. Una crueldad.

—Yo quiero a mis hijos —contesté.

—El mundo es un lugar inhóspito.

No expresé mi opinión.

En la estación de autobuses nos dijo adiós antes de subir al coche que la conduciría de vuelta a su hotel. Al día siguiente partía para Mauritania, donde ayudaría a los militares de la región del sudoeste a crear nuevas escuelas y un hospital. Mi esposo dijo que le escribiría y que le mandaría fotos de los niños.

—No —dijo mirándome con apocamiento—. Será mejor que os escriba yo.

Le di un paquete con un par de sándwiches de los que había preparado para la excursión. Me lo agradeció y cerró la ventanilla, y después la vimos ayudar a un muchacho pequeño que también viajaba en el coche a subir su maleta al portaequipajes. Era una mujer muy recia.

OceanofPDF.com

Muertos

Cada una a un lado del mostrador, Mili y Rita conversan. La radio, desde algún oscuro rincón del local, emite un zumbido sucio; rítmico y dulce. A excepción de una pareja de ancianos sentados al fondo, a quienes Rita acaba de servir el café, el restaurante se ha quedado vacío.

—Te dije que perdería su empleo, encanto —dice Rita, y ahueca los bucles de su pelo pajizo frente al espejo que se halla a lo largo del mostrador—. ¡Diablos, cielo! Conozco a los tipos como él. No es más que un borracho.

—Rita, baja la voz —dice Mili. Clava en su amiga los ojos azules como el hielo, y continúa limpiando el níquel de la máquina del café. El calor lo acaba velando—. Bruno está enfermo —añade—. No bebería si tuviese un buen empleo.

—Apuesto a que no —dice Rita. Se encoge de hombros, y repasa su fina boca con una barra de labios que ha sacado del delantal—. ¿Qué te parece este color?

Enrojece la cara de Mili. Está preocupada por Bruno, que ha vuelto a vomitar. Hoy se ha quedado en la cama, tumbado, con el cuerpo boca abajo y vencido; como un fardo de heno a reventar.

—¿Quién necesita a los hombres? —concluye Rita.

Afuera sigue lloviendo. El vaho ha empañado los ventanales que dan al callejón en penumbra por donde hace rato que cesó de pasar la gente. El agua se refleja en las mesas vacías. Al fondo, el anciano levanta una mano temblona, y Rita contesta.

—Ya voy, encanto.

Mili ve alejarse a su amiga mientras frota con la bayeta húmeda los apagados cromados de la máquina. Ha empezado a oscurecer. Se acucilla

bajo el mostrador para conectar el luminoso de la puerta de entrada, y una luz tenue y azulada baña el local. La última vez, Bruno no se despertó. Su madre llegó en plena noche. Gritó en la escalera, y algunos vecinos salieron, curiosos; unos disgustados y otros divertidos. Tuvo que llamar al médico. Su madre se fue, y Mili hace días que no duerme. No debería importarle. Aun así, toma el teléfono, y marca de nuevo el número.

Nadie contesta en el piso. Mili observa su cara en los pulidos cromados que acaba de restregar, y que están llenos de arañazos. No tiene color; las arrugas se descuelgan por su cuello como horribles plantas trepadoras.

—Diablos, ¿no tenía un billete más grande? —Oye a Rita gritar al fondo. Tiene un carácter infernal.

Marca de nuevo; y nada. Probablemente, se dice, haya salido a cenar. Cuelga el teléfono. Hace girar la palanca de la caja registradora, y entrega a Rita unos billetes para el cambio.

—¿Qué te parece con la pareja de loros? —protesta su amiga—. Un billete de diez.

Dentro de un rato volverá a llamar; y entonces, si Bruno no contesta, avisará a su madre.

En ese instante la puerta del restaurante se abre, y entran dos hombres, que van a sentarse ante la barra.

—Enseguida voy —dice Mili. Le duele la cabeza. No se vuelve; sus ojos buscan con cansancio en el espejo que hay sobre el mostrador. Se lleva distraídamente la mano al pelo, y se dirige luego a los hombres. Está cansada y tiene ganas de cerrar—. ¿Qué les sirvo? —pregunta.

—¿Tienes hambre, Leo? —dice el hombre más bajo.

—No tengo hambre —dice el hombre llamado Leo. La luz mortecina del fluorescente, donde algunas moscas yacen muertas, acentúa la pátina grasa que lustra la tez morena del hombre. Se acoda en el mostrador, sombrío, y mira atentamente a Mili—. Buenas noches —dice.

—Buenas noches.

—Tengo un hambre voraz —asegura el primero—. ¿Y tú, Leo?

—Ya he dicho que no —contesta. Y al decirlo, pasea una mirada enrojecida y húmeda por las mesas vacías, antes de volver a posarla en Mili.

Es un hombre muy grande, con el pelo erizado y negro, peinado hacia atrás. Parece un actor.

—Hoy ha sido un día duro, ¿eh, Leo? No sé qué comer —después de mirar la carta, el hombre más bajo ofrece a Leo un cigarrillo, que él rechaza con un ademán—. No tienes buen aspecto, Leo —observa.

Se arruga la piel alrededor de los ojos de Leo, que dulcemente ordena:

—Sírvame un café, señorita. No lo cargue demasiado; por favor.

Mili retrocede. Mientras hace girar los grifos, observa a ambos hombres en la superficie cromada de la máquina del café. Parecen honestos; empleados de la construcción. Hombres útiles y fuertes, piensa. Nunca Bruno probó suerte en la construcción. No; eso no es para Bruno.

Del fondo, llega ruido de sillas. La pareja de ancianos abandona su mesa, y camina con pasos cortos arrastrando trabajosamente los pies. Mili los ve avanzar como un ejército lúgubre por entre las mesas vacías. Cuando abren la puerta, una fría ráfaga de aire cargado de lluvia penetra en el local.

—¡Vaya par de cacatúas! —exclama Rita cuando ya no están. Se ha quedado parada con los brazos en jarras, mirando la puerta desde el centro del local—. ¿Qué les parece? —Sacude la cabeza y se aproxima despacio, atusando su pelo amarillo, para venir a sentarse en la barra junto a los dos hombres—. Apuesto a que hoy tampoco escampa, ¿eh?

—¡Caray! —protesta el hombre más bajo—; espero que sí.

El hombre llamado Leo les mira y después, se vuelve hacia Mili. Sonríe.

—Mi amigo y yo construimos el nuevo hospital —dice, y su voz sale aterciopelada y ronca, como la sirena de un barco.

Mili no dice nada.

—Allí no nos andamos con chiquitas, ¿verdad, amigo? —dice el hombre más bajo; y luego se dirige a Rita—: Hoy trabajamos de sol a sol, ¿sabe?

—No me diga.

—Ya lo creo. ¿De veras no tienes hambre, eh Leo?

—Ya dije que no —responde Leo ásperamente.

Evitando mirarle, Mili pasa un trapo húmedo por la reluciente barra, y dice al hombre que es más bajo de los dos:

—Hoy tenemos asado frío —y piensa si Bruno habrá cenado.

—Póngame un buen trozo de asado —ordena risueño—. ¡Diablos! Qué mala cara tienes, Leo.

—Vaya, sí que es cierto —declara Rita—. Está usted blanco como una pared, ¿verdad, Mili?

Mili observa el perfil anguloso del hombre, que se mueve como para rehuir el examen, y vuelve a mirarla después. Ella retrocede dos pasos en dirección al teléfono, y descuelga el auricular. Es tarde. Al otro lado de la ventana ha oscurecido del todo. Bajo la farola, el cono amarillo de lluvia parece un aspersor.

Marca los números. Si Bruno no contesta esta vez, se marchará. Escucha primero los tonos, y luego el zumbido sucio, eléctrico de la línea; y largo rato después, una voz que responde. Es Bruno. Mili no dice nada. La voz insiste; muerta, desarticulada.

Mili no contesta; y al cabo, cuelga el auricular.

Cuando vuelve de la cocina con el plato frío de asado, en la máquina el café ha cesado de gotear. Coloca el plato de carne sobre el mostrador, y después, sirve al hombre llamado Leo su taza de café.

—Gracias.

Sus ojos brillan como lava.

—De nada —contesta Mili sin mirar.

—Esto tiene una pinta estupenda, ¿eh Leo? —dice el hombre más bajo, mirando el plato con avidez.

—Cállate, ¿quieres? —replica Leo. Está blanco como una pared. Sonríe con trabajo cuando Mili deja junto a su mano el dispensador de azúcar—. Es usted muy amable, señorita.

—Su amigo no tiene buena cara, encanto —asegura Rita—. Debería llevárselo a casa.

—Hemos tenido un mal día, eso es todo. Trabajamos de sol a sol, ¿verdad, Leo?

Leo no responde.

Mili deja lo que está haciendo, y dice:

—Le prepararé más café.

Y mientras lo hace, en la superficie cromada, ve al hombre levantar la cabeza más allá del mostrador. No la está mirando, pero sus ojos están

clavados en el aluminio triste, arañado y turbio de la máquina de café que se halla frente a los dos. Y entonces, junto a la del hombre, Mili descubre también su propia cara. Está unida a la de Leo. En el velado níquel de la máquina, ambas están tan borrosas, que no hay contornos precisos que delimiten su perfil.

—Señorita... —Oye decir a su espalda. Y Leo no dice más.

Cuando Mili se vuelve, en sus ojos hay un brillo apagado. Intenta levantarse, pero su cuerpo, grande como el tocón de un árbol, cae desplomado sobre el mostrador.

—Diablos, Leo; ¿qué te ocurre? —El hombre más bajo se aproxima a Leo, abriendo dolorosamente sus ojos.

—¡Cielos! —grita Rita, y alzándose del taburete se aleja unos pasos de allí.

Afuera, la luz de los faros de un coche brilla entre las desnudas ramas de un árbol, y se refleja en las ventanas del local. Desde atrás, Mili observa al hombre llamado Leo, que parece dormido sobre la húmeda superficie del mostrador. No sonrío; sin embargo, la piel está tan tensa y brillante a la altura de sus pómulos que parece uno de esos muñecos de madera a los que alguien agarra por la espalda y hace hablar.

OceanofPDF.com

Noctámbulos

Era tarde y el salón se había quedado vacío a excepción de un hombre que estaba sentado a una mesa bajo la luz azulada del luminoso que se mecía sobre los ventanales del hotel. De día, el salón no era más que un local de mala muerte, pero de noche la calle quedaba a oscuras, y el neón azul del letrero daba al sombrío edificio el aspecto de un *night club*. Por eso el hombre, quizás, venía a beber cada noche. Dora y Ruth sabían que se trataba de un rufián y que acabaría emborrachándose, pero hasta entonces nunca había armado escándalo. Solo jugaba un rato en las máquinas tragaperras y luego bebía hasta la hora de cerrar, de modo que ninguna de las dos camareras se hubiera atrevido a echarlo.

—Dicen que su mujer lo abandonó y que él trató de matarla —explicó Ruth a Dora.

—¿Por qué lo hizo?

—Te lo dije. Lo abandonó.

—Quiero decir que por qué lo abandonó ella.

—Qué sé yo —dijo Ruth, y agitó su mano con desgana—. Dicen que se largó con otro.

Dora le observó un instante. El hombre estaba sentado en posición erguida, con las piernas cruzadas y el mentón levantado; y miraba la calle a través del cristal.

Por su aspecto, pensó Dora, nadie hubiera pensado que se tratase de un criminal.

—¿Y lo hizo?

—¿El qué?

—Matarla.

—No.

Estaban en la recepción; Ruth ordenaba el correo mientras Dora, con la pierna en alto, observaba al hombre a través del espejo que se hallaba a todo lo largo del mostrador casi a oscuras. Un coche vino a detenerse frente a la puerta de entrada, y la luz amarilla de los faros iluminó por un rato las desnudas paredes de la recepción. Una mujer se apeó, y miró el interior por la ventanilla. Después que el coche hubo arrancado quedó sola en mitad de la calle.

—Si Félix vuelve a llegar tarde esta noche juro que plantaré a ese caradura —manifestó Ruth.

Acabó de clasificar las cartas dentro de los casilleros, y echó un rápido vistazo a la puerta. Al otro lado del mostrador, Dora se arrellanó un poco más en la silla, y se frotó la pierna.

—¿Te duele? —preguntó su amiga.

—Es la niebla —dijo ella. Y tras una pausa añadió—: No parece un asesino —y observó nuevamente el espejo donde la silueta erguida del hombre se reflejaba envuelta en la luz azul del cartel.

—No me gusta que esté aquí —declaró Ruth, cruzando los brazos bajo del pecho.

—No se mete con nadie.

—Será mejor que se haya ido cuando llegue Félix.

—¿A qué hora vendrá?

—A las doce.

Al fondo del salón el hombre levantó su vaso. Al verlo, Dora movió trabajosamente la pierna y se encaminó hacia a él.

—Dígame. ¿En qué puedo servirle?

—Tráigame otro, señorita; por favor —pidió al tiempo que elevaba sus ojos ligeramente empañados. Tenía un rostro anguloso, pero la boca era una línea uniforme, de labios carnosos; y su voz ronca de barítono reconfortaba como un trago de anís.

—¿No le gustaría cenar? —le preguntó.

El hombre hizo una mueca casi imperceptible, y ella se alejó.

—No sé por qué tienes que ofrecerle nada —protestó Ruth cuando Dora llegó arrastrando la pierna al pequeño bar que había junto a la recepción, y sirvió otro vaso de ginebra.

Habría servido otro para ella, pero aún faltaba más de una hora para que dieran las doce y su novio viniera a llevarse a Ruth.

—No hace daño a nadie —contestó.

Fue al salón con la bebida y puso el vaso junto al que estaba vacío. Antes de retirarlo, guardó el billete que le tendía el hombre.

—En la cocina tenemos pastel frío que sobró esta mañana —le ofreció.

El hombre descruzó las piernas, y se quedó mirándolas. Después miró la de Dora.

—Quédese con el cambio, señorita —dijo amablemente.

Dora depositó el vaso vacío en la bandeja y limpió el borde de la mesa con el trapo que llevaba colgado del delantal.

—Gracias —contestó al hombre, al tiempo que se alejaba.

Regresó a la recepción nuevamente, y se sentó en la silla frente a su compañera.

—Yo no pienso cocinar para él —gruñó Ruth.

—¿Y quién ha dicho que lo hagas?

—Es un borracho.

—¿Por qué le dejó su mujer?

—Quién sabe. Quizás él le pegaba.

—Pero tú dijiste que lo engañó.

—Eso dicen. Él está sin empleo, y anda metido en cosas sucias.

—¿Qué clase de cosas?

—Juego. Es un perdedor.

—Quizás él no tiene la culpa de perder.

—¿Y quién ha de tenerla?

—No digo que nadie la tenga. Quizás si ella no se hubiese marchado, él no jugaría.

—Míralo; es un perdedor. Además, intentó matarla.

Dora le observó. El hombre seguía mirando la calle a través de los cristales empañados del salón. No parecía una persona agresiva. Sus manos temblaban un poco al levantar el vaso.

—Debería comer algo —pensó Dora en voz alta—. No es bueno beber con el estómago vacío.

—No es bueno beber —terció Ruth. Estaba de mal humor. Abrió una revista que había sobre el mostrador, y se puso a hojearla—. Es un perdedor —dijo—. Estoy cansada de este tumor del demonio. En cuanto Félix me lo pida, me casaré con él.

Dora no dijo nada. Pensó que su amiga era joven y que, por lo tanto, tenía derecho a desearlo. A ella le dolía la pierna y tenía sed. Miró hacia el pequeño bar al lado de la recepción, y pensó en la botella de ginebra. Junto a la estantería, el espejo le devolvió la imagen de su cara, arrugada y perversa, distorsionada por los años entre los cóncavos plegamientos del cristal. Le habría dado un trago de buena gana.

Al otro lado del espejo, el hombre golpeó la mesa con su vaso.

—Señorita —llamó.

Dora se puso en pie. Una punzada le recorrió la pierna como la mordedura de una avispa. A través de los cristales, la niebla descolgaba sus dedos como una mortaja blanca sobre las fachadas sumidas en oscuridad.

—Haz que se vaya —ordenó Ruth desde atrás.

—Aún es pronto.

—Es un borracho. No quiero que esté aquí cuando llegue Félix.

—Está bien —dijo Dora.

Y se encaminó cojeando hacia el hombre que aguardaba en el salón.

—Por favor —pidió él, indicando su vaso.

—No debería beber más.

—Otro —insistió él. Se llevó distraídamente una mano al pelo, y lo aplastó contra el cráneo—. Sirva otro para usted, señorita.

—Tiene que irse.

Los ojos del hombre miraron a Dora envueltos en un acuoso velo apagado. Por un instante, un destello de furia pareció hacerlos brillar.

Dejó el vaso vacío y asintió.

—Buenas noches —pronunció, y se puso de pie.

Sus labios eran una línea firme y carnosa.

Dora lo vio alejarse. Mientras limpiaba la mesa, observó cómo caminaba tambaleándose un poco a lo largo del salón. Pensó en sus modales galantes. Solo un hombre como aquel, pensó Dora, podía llamarla señorita. La luz azul lo envolvía cuando salió a la calle.

De buena gana habría tomado un trago con él.

—No comprendo por qué tenías tanta prisa —dijo a su compañera. Estaban doblando las servilletas que más tarde repartirían entre las mesas del comedor.

—Félix está a punto de llegar.

—Probablemente se siente solo.

—Es un criminal.

—¿Por qué dices eso? Solo bebe un poco.

—Y juega. Intentó matar a su esposa. Odio a los borrachos, y a los jugadores.

—¿Y si Félix bebiese?

Su amiga dejó caer las manos sobre el montón de servilletas, y la miró.

—Él jamás ha probado una gota de alcohol —replicó ofendida.

—No he querido decir que beba. Pero ¿y si lo hiciese? ¿Y si no viniese esta noche a buscarte?

—Es un hombre decente —dijo su amiga. Adelantó la barbilla, y siguió doblando servilletas—. Se casará conmigo, y yo dejaré este empleo, y no tendré que trabajar de noche ni estar rodeada de borrachos ni de perdedores hasta que sea vieja.

Dora contempló las manos de Ruth, gordezuelas y tersas, que siguieron moviéndose con habilidad entre los blancos pliegues de la tela. No temblaban como las de Dora cuando tenían que realizar trabajos de cierta precisión.

—Fregaré los vasos —dijo. Y pensó de nuevo en la ginebra sobre el estante un poco más allá, y una ardiente lengua de fuego bajó arrasándolo todo desde el estómago hasta la pierna.

OceanofPDF.com

Tránsito

Una vez más Rita revolvió su bolso y comprobó la dirección en la carta de Max. Un escalofrío le recorrió el espinazo cuando rozó la superficie del arma, que estaba fría como la piel de un muerto.

Diez horas de viaje no habían conseguido calmarla. Llevar encima esa cosa le hacía sentir ridícula; como si hubiese salido a la calle en albornoz. Nunca debió permitir a Óscar que la pusiera allí. Sin mirarla, atrapó con asco entre el pulgar y el índice el cañón enmohecido, y puso el arma bajo los caramelos y la revista de modas que había comprado en la estación. ¿Por qué le haría caso a ese bobo? A veces Rita se preguntaba cómo habría ido a parar con un hombre como Óscar. El arma de su padre, el Capitán, le había dicho antes de salir mientras le obligaba a darle el bolso y la ponía dentro. La que el Capitán había usado hasta su muerte en heroico acto de servicio, añadió; casi cuadrado de orgullo.

Bobadas. A ella le gustaría saber si de veras el padre de Óscar había sido policía. A ella le parecía que no. Al fin y al cabo, él no era más que un simple tendero.

Se quitó las gafas oscuras, soñolienta, y por la ventanilla vio pasar el exterior. Palmeras cargadas con grandes cocos flanqueaban el polvoriento camino, reverberando en el aire como antorchas. En el cielo despejado, el sol de la tarde declinaba.

—Lo mejor es que vayamos a Rivera —oyó decir a su lado—. Allí necesitan gente.

El monocorde zumbido del motor del coche competía a intervalos con las voces hastiadas del interior. A excepción de esos dos hombres que viajaban en los asientos de al lado y del conductor, el autocar había quedado vacío.

Desde su asiento, Rita les echó una discreta ojeada: no parecían de fiar. Sin darse cuenta descruzó los brazos, y reunió ambas manos sobre el bolso, pero las apartó nuevamente con un gesto de irritación. Ese bolso le ponía nerviosa; le dolía la cabeza, y sentía náuseas. En cuanto estuviese frente a Max se lo diría: aquello tenía que acabar. Sería la última vez que acudía en su ayuda; ya no estaban casados. Ahora estaba casada con Óscar. Tal vez Óscar no fuese más que un simple vendedor de embutidos, pero al menos no era un borracho, como él. Óscar era un hombre decente. Quizás había exagerado con lo del arma de su padre; pero tenía razón. Y Max tenía que entenderlo.

—Lo mismo me da un sitio que otro, Leo —dijo con aspereza el hombre que se encontraba más próximo—; pero, por el amor de Dios, que no sea otro de esos apestosos pueblos donde un hombre no se puede divertir.

—De acuerdo, Gus. Anda, Gus, sigue durmiendo.

—¡Demonios, Leo; duerme tú! —protestó—. Yo me muero de sed, ¿qué me dice, señora?

La voz estridente del hombre, al otro lado del pasillo, la sobresaltó. Rita bajó la vista, y al cabo de un instante levantó la cabeza y la volvió lentamente hacia él. Estaba borracho. Sonreía con la mirada extraviada; tenía el pelo muy rojo, y la boca permanecía abierta con un hilo de baba resbalándole por el mentón.

Antes de volver a hablar, sacó una petaca de cuero del bolsillo de su chaqueta, y se la ofreció a Rita con un gesto ceremonioso y torpe.

—Le apetece un trago; ¿eh, señora?

Rita rehusó sin hablar.

Buscó en su bolso con manos trémulas y, casi con asco, se hizo con el estuche de los polvos. Tomó la embadurnada brocha, y mientras cubría con ella la piel sudorosa de la nariz y de las sumidas mejillas, espió en el espejo frente a ella. El hombre del pelo rojo continuaba bebiendo con el cuello echado hacia atrás. A Rita se le revolvió el estómago. El otro, el llamado Leo, permanecía inclinado sobre un periódico abierto que descansaba sobre sus rodillas. Tenía los ojos tristes y azules, la cara muy blanca y la piel sonrosada y tensa a la altura de los pómulos. Parecía un misionero. Cuando

vio que Rita lo examinaba hizo un ademán con la cabeza, apenas perceptible, y sonrió.

—Señora.

Rita cerró el estuche, y se volvió hacia la ventanilla. Todos los borrachos eran igual. A la derecha, al otro lado del mugriento vidrio, la franja azul cobalto del mar se acercaba o se escabullía de ellos sin llegar a desaparecer del todo.

—Tenía rojos los labios y la risa fácil... —La voz ronca del conductor graznó de pronto—. Demonios; será de noche cuando lleguemos.

Se volvió lentamente, y añadió:

—Se lo dije, señora; debió usted llamar en Bodega, no diga que no se lo advertí.

—¿Qué quiere decir? —dijo ella. Ese hombre le ponía furiosa. Se había pasado el camino torturándoles con esa horrible y desagradable canción. Ella era una señora, no una cualquiera; había ciertas cosas que no tenía por qué oír. En Bodega, hasta había tenido que encerrarse en los lavabos de la estación de servicio para no escucharle. Ese energúmeno incluso la había seguido hasta allí; estuvo aporreando la puerta, y ella no pudo salir hasta que el coche no se puso en marcha de nuevo. De buena gana habría usado el arma del Capitán.

—¿Qué dicen, amigos, se lo dije o no? —Sacudió una y otra vez la pequeña cabeza bajo la gorra de plato, y dirigió de nuevo la vista hacia la carretera—. No hay taxis después de las diez.

—¿Está diciendo que no podré ir a Rivera esta noche?

—Eso mismo, señora.

—¿Has oído, Leo? —A su lado, el pelirrojo olvidó un instante la botella, y se incorporó—. No hay taxis a Rivera.

—Lo he oído, Gus. No te excites.

—¡Eh, oiga! No nos dijo que no había taxis. Habrá al menos algún otro dichoso modo de llegar, ¿no?

—No, señor.

—Pero el horario decía... —Rita se interrumpió. Hizo una pausa para mirar el reloj, y comprobó que apenas faltaban quince minutos para las diez. Apoyó ambos brazos sobre el bolso, se inclinó sobre él hacia el

estrecho pasillo que separaba las dos hileras de asientos, y habló en voz firme con la espalda del chófer.

—Disculpe, pero el horario decía que el autocar llegaría a Ulloa a las nueve cuarenta.

—Oiga, yo no soy el dueño de esta cafetera, señora. Ya le advertí en Bodega que debía usted llamar al hotel para que el taxi la esperase en Ulloa, pero no me hizo caso. No hay taxis después de las diez.

—Pero yo he de llegar a Rivera esta misma noche —insistió, en tono irritado—. Hay alguien esperándome.

Los hombros del conductor se encogieron.

Rita trató de pensar con fluidez. Ni siquiera sabía si Max continuaría aún allí. La última vez que fue a buscarlo a ese pueblo en la frontera, hasta dormía en la calle. Tuvo que hablar con la policía para que le dejaran llevarlo al hospital; y después Max casi estuvo a punto de atizarle por ello. Y pensar que había estado diez años casada con él.

Furiosa, se mordió el labio inferior. No tenía por qué hacer todo eso. No tenía por qué seguirle a lo largo del país como si fuera su ángel de la guarda; ya no. Óscar tenía razón; al fin y al cabo no se trataba de un enfermo, era solo un borracho. Si hubiese hecho caso a ese bobo, en vez de ir en busca de Max, ahora no se vería en ese aprieto. Después de todo ahora Óscar era su marido, y ella su mujer; era muy natural que se enfadase, y hasta que la obligase a viajar con el arma del Capitán. Puede que fuese solo un tendero, pero tenía su orgullo. Debería haberle obligado a cerrar la tienda y hacer con ella ese viaje. ¿Por qué no? Quizá Max se lo pensara dos veces la próxima vez antes de molestarla de nuevo. Aunque, bien pensado, lo más probable es que Óscar no hubiese sabido manejar a Max. No; Óscar no. Borracho y todo, Max habría podido tumbarlo de un golpe.

Apartó del bolso las sudorosas manos que retorció en torno a las rodillas, mientras bajaba los ojos hasta quedar mirando la espalda del conductor.

—Escuche, le pagaré bien si me lleva a Rivera esta noche —dijo, en tono sumiso—. Compréndalo —hizo una pausa, y añadió—: Mi marido está enfermo.

—Señora, ya le he dicho que no puedo hacer nada —respondió con rudeza el conductor—. Tendrá que esperar a mañana.

—Váyase al...

Un ligero temblor sacudía el mentón de Rita cuando regresó al respaldo húmedo de su asiento. Abrió mecánicamente el bolso, y lo cerró. Afuera, el aire estaba tan quieto que parecía haber detenido el ir y venir de las olas. No se oía el zumbir de los insectos, ni el chillido lánguido y pertinaz de las gaviotas.

De nuevo abrió el bolso; sacó la revista y la ojeó. Si al menos hubieran tenido hijos la cosa sería diferente. Alguno, pensó, podría haberse ocupado de Max. Los hijos de Óscar iban a verles algún domingo, y Óscar iba a verles a ellos. Les hacía trabajos en el jardín. A ella le daban el mismo trato que a una corista acabada, pero nunca lo hacían delante de Óscar. No, Óscar no se daba cuenta de nada; ese bobo jamás prestaba atención.

Contuvo un gesto de enojo mientras cerraba la revista y la ponía nuevamente en el bolso. No podía dejar de pensar en Max.

Como si pudiera observarla, inquieta, echó un vistazo alrededor. La sombra oblicua del autocar se movía por la superficie del agua que se debatía amenazadora y oscura un poco más allá, tiñendo de malva el interior.

—Oye, Leo, si no hay forma de llegar a ese maldito pueblo, vayámonos a otro sitio —la voz desabrida del hombre sonó de nuevo al otro lado del pasillo. Dio un largo trago a su petaca, y añadió—. Puede que sea una señal.

—No sé, Gus —Leo pareció indeciso. Rita vio cómo se rascaba la palma de la mano izquierda mientras sonreía, con una sonrisa de compromiso. Después fijó en ella una mirada triste, casi tímida, y la dirigió de nuevo al periódico. Rita se sintió incómoda—. Lo mismo da un sitio que otro, Gus.

—¡Demonios, Leo, tienes razón, qué más da! —dijo Gus. Soltó una brusca carcajada, tras de lo cual añadió—: ¿Qué le parece, señora? Le haremos compañía hasta mañana, no está mal, ¿eh?

Y su expresión se hizo remota. Alzó la petaca hacia Rita, y dobló la cintura para aproximarse.

—Tome un traguito, señora, no sea tímida. Le aseguro que un poco de esto le sentará muy bien.

—Déjeme en paz —contestó ella.

Y estiró disimuladamente los pliegues que la falda de su vestido rojo había formado entre el asiento y la piel. Tras tantas horas de viaje se le pegaba al cuerpo. Debía ser indecoroso. Rojo; el color favorito de Max. ¿Por qué se lo habría comprado? Si Óscar la viese. Ni siquiera sabía que viajaba con él, se había cambiado en los lavabos de la estación de autobuses, cuando él se marchó. Pobre Óscar; qué dirían sus hijos. Qué diría el Capitán.

Una ráfaga de brisa fresca entró de pronto por la ventanilla del coche cuando el sol era ya tan solo un rescoldo tras los montes cercanos. Qué cosa más horrible haberse gastado el dinero en él, y qué horrible también haber comprado ese billete. Max estaba arruinando su vida. Lo de Max tenía que acabar.

—Tenía rojos los muslos, y la piel de satén...

—Eh, oiga; cierre el pico, ¿quiere? —gritó Gus al conductor—. La señora no tiene por qué oír sus porquerías.

El hombre meneó la cabeza bajo la gorra de plato, y dijo algo inaudible.

—La señora es una dama, ¿no es cierto? —dijo Gus. Hizo una torpe reverencia, tras de lo cual depositó un beso en el aire—. ¿Querría bailar con este rudo marinero, señora?

Un leve temblor estremeció los labios de Rita.

—Váyase al infierno —dijo. Abrió su bolso, apartó los chicles y el cañón herrumbroso del arma del Capitán, y sacó de dentro la revista.

—Tranquilízate, Gus —dijo Leo—. No se inquiete, señora —rio suavemente, y alzó la cabeza para decir—: Gus solo ha bebido un poco.

Ella permaneció un instante mirando fijamente al hombre. La piel estaba tensa y rosada alrededor de sus pómulos; y sus ojos brillaban azules, dóciles como los de un misionero.

—Si no puede contener a su amigo deberían apearse los dos del coche —respondió nerviosa, mientras sujetaba el bolso con fiereza.

—¡Vamos, hermanita! —insistió Gus—. ¿No le parezco lo bastante educado? —Echó ambos brazos sobre el asiento de delante, y apoyó la

barbilla en él—. ¿Qué dice usted, conductor? Estoy un poco sudado, pero eso es todo. Caray, ¿es que en este condenado lugar no respiran nunca, o qué?

—Pues no es de los días peores. Ustedes no son de por aquí, ¿eh?

—¿De este asqueroso desierto? No bromea, hombre —Gus se repantigó en su asiento, y paseó una mirada enrojecida por el vacío pasillo, antes de añadir—: ¿Qué me dice, señora, tomará ahora ese traguito conmigo?

—Ya dije que no —contestó Rita con dignidad, volviendo a hojear la revista.

—Sabía que no eran de por aquí —el conductor se volvió a medias, y habló con Gus—. Lo he averiguado por cómo sudan. ¡Ja!

Y luego, su cara aceitosa se arrugó como la de un mono cuando se volvió hacia Rita:

—Se lo dije, señora. Le dije a usted que debía llamar en Bodega, pero no me escuchó —dijo, chasqueando la lengua—. Esta noche habría dormido fresquita en el hotel.

—No se preocupe por la señora —Gus entrecerró los ojos, y dio un vigoroso codazo en la pierna de su amigo—. Esta noche dormiré con nosotros, ¿eh, Leo?

Su risa retumbó en el autocar.

—Déjalo ya, Gus —dijo Leo.

La cara de Rita enrojeció. Apartó a un lado la revista, y sus manos se dirigieron nerviosamente al bolso.

—Es usted un asqueroso borracho —gritó—; si no me deja tranquila se arrepentirá, ¿me oye? —Y a ella misma le sorprendió la violencia con que había sonado su voz—. Usted me da asco. Y usted también, ¿se entera? —dijo, esta vez dirigiéndose a Leo. Leo la contempló perplejo—. Debería avergonzarse por permitir que ese borracho le hable así a una señora.

Gus dejó que su risa se oyese aún con más fuerza, mientras doblaba trabajosamente el cuerpo por encima del brazo del sillón.

De repente, la risa cesó. Se detuvo frente a Rita y agarró su muñeca; y clavó en ella una mirada de desprecio.

—¡Venga, hermanita! —dijo, tirando con brusquedad—. Usted no engaña a nadie.

Rita contuvo una náusea. Sintió la mano del hombre atenazada en torno a la suya; la piel se puso cárdena alrededor.

Entonces Gus se puso en pie.

—Vamos, no se enfade conmigo. ¿Qué le parece si bailamos?

Súbitamente el calor de su rostro desapareció. Ahora lo sentía pálido, corrompido, glacial.

—¡Gus! —Leo se levantó, y agarró a Gus por los hombros—. Vamos, Gus, no seas chiquillo.

Rita vio el cuerpo que formaban los dos hombres avanzando pesadamente hacia ella; vacilante, como un edificio en demolición. La mano libre agarró la revista, pero la soltó de inmediato, y exploró temblorosa alrededor: el asiento, después la falda, hasta que dio con él. Lentamente, la mano se introdujo en el bolso. Y Rita sintió el frío del metal herrumbroso, casi quemándole los dedos.

OceanofPDF.com

El cachorro

El chico había venido con su familia del sur; eran nuevos en la casa. No conocían a ninguna de las personas que vivían en los otros cuartos: europeos, mexicanos, asiáticos cuyos rastros llegaban hasta ellos en forma de abrupto galopar de erres, de monótona letanía o de alegre son tropical. El suyo estaba en el último piso, bajo el bosque de antenas. Abajo se abría el maloliente traspatio, sombrío y sucio, donde un espolvoreado continuo de luciérnagas flotaba de noche como nieve batida alrededor del farol. Cuando hacía buen tiempo las mujeres tendían allí la ropa. De una pared a otra aparecía de pronto un entramado de jarcias, gratiles y vergas; y si llovía, la arboladura de viejas velas zurcidas amarilleaba al viento, y las cuerdas se vaciaban entonces apresuradamente mientras las gotas iban a estrellarse contra el suelo formando charcos como mares. Abajo, en una esquina, la oxidada cloaca engulló ruidosamente el chaparrón. Varias ventanas se cerraron de golpe, y en el patio cesó el eco de una radio.

El chico estaba tras los cristales observándolo todo. En el suelo, junto a la puerta de entrada, alguien había abandonado una caja. Un cachorro de perro se protegía de la lluvia bajo un muñeco sin cabeza y las alas rotas de un avión. Desde allí arriba parecía desvalido. El chico restregó con la manga del suéter el vaho sucio del cristal, y acercó la nariz cuanto pudo.

—Mira, mamá; hay un cachorro en el patio.

La madre estaba sentada dentro, al fondo de la sala, y no le prestó atención. Su padre había vuelto a beber y ella lo regañaba. Su madre siempre regañaba a su padre cuando este bebía, pero no lo hacía de una manera cruel, sino como si fuera un niño. Siempre eran cosas como «Pero, cariño, ¿no ves lo mal que te sienta?», o «Perderás el empleo otra vez»,

mientras él ocultaba la cara entre sus manos temblorosas y pequeñas, como si no pudiera mirarla.

—Echa las cortinas —ordenó la madre—. ¿No ves que tu padre está enfermo?

De mala gana el chico corrió las cortinas, y la penumbra de la tarde inundó de golpe la habitación. La madre le miró severa.

—Vete a jugar, ¿me has oído? —Mandó.

El chico se acercó a la mesa donde la cena se enfriaba, y miró a su padre, ahora reclinado en el sofá. Tenía los ojos cerrados y la piel muy pálida, y el pelo negro encrespado le caía sobre el rostro y se esparcía por el asiento como si fuera el de otro. Parecía un moribundo.

—Hay un cachorro en el patio —le dijo—. ¿Puedo quedármelo?

El padre abrió un instante los ojos, cubiertos por un velo acuoso, y le dirigió una mirada aturdida.

—¿Un cachorro? —pronunció—. Había un cachorro amarillo en la casa de mi padre; lo recuerdo bien.

—Me prometiste que me traerías uno —protestó el chico—, pero no lo hiciste.

—Claro. Claro que te lo traeré.

Pero el padre no dijo más. Sacudió la cabeza de un lado a otro, como si no hubiese escuchado, y volvió a adormecerse en el sofá.

Indignado, el chico corrió fuera de la casa sin cerrar la puerta tras de sí, y descendió apresuradamente la escalera que olía a humedad y a escombro. El negro del piso bajo, que siempre tenía su puerta abierta, saludó al chico cuando este pasó por delante. Era un negro como una torre, con el rostro anguloso y cuarteado, lleno de marcas. Su madre decía que había sido boxeador. El televisor brillaba dentro, y hacía sobre su cara terribles visajes.

—¿Adónde vas, chico? —inquirió, dirigiendo su mano grande y negra hacia él—. Hace un tiempo del demonio.

—Hay un cachorro en el patio —anunció el chico con un asomo de miedo en su voz.

—¿Un cachorro, dices? Yo conocí a un tipo llamado Cachorro. Ladraba igual que un cachorro, y saltaba igual que un cachorro también —y rio

ruidosamente hasta que su cara se contrajo como un cartón bajo las llamas —. Vaya, ¿qué te parece? ¿Y qué pensabas hacer con ese cachorro?

—Quiero cuidarlo.

Los ojos blancos del negro le miraron de hito en hito.

—¿Cuidarlo, dices? —Y a continuación, volviéndose a mirar la tele, añadió—: La tarde en que Dedos Juárez lo noqueó también llovía.

Y la luz tenue de la pantalla se reflejó en su rostro, brillante y curtido como un pedazo de cuero. Al chico le asustaba el negro porque tenía la voz ronca y la cara arrugada, pero le gustaban sus manos grandes, y que cada vez que pasaba por el piso bajo el negro siempre estaba allí.

Siguió bajando escaleras, abrió la puerta del patio y salió. Llovía con fuerza. Las gotas iban a estrellarse contra el suelo formando regueros entre los adoquines. Bordeó la pared hasta el otro extremo del zaguán, y sin pararse a mirarlo se apoderó del tesoro. Arriba, la luz amarilla de su casa iluminó de pronto el ventanal. Hacía frío, y el chico pensó que en la casa se estaría caliente. Pero no le importaba la casa porque quería ese cachorro. Caminó deprisa bajo las frías gotas de agua que caían desde los altos aleros del tejado, y entró con él.

La caja casi era más grande que el chico y le iba golpeando las rodillas. Tenía que ser un gran cachorro. Cuando volvió a pasar frente al bajo, el negro sonrió torciendo la boca y saludó con su mano grande desde la penumbra azul. El chico no le saludó porque la caja le estorbaba. El hombre negro siempre le hacía sentir raro. Le daba miedo su cara de monstruo africano, su estatura y su voz ronca; pero también le gustaban sus manos grandes y negras, y que siempre estuviera allí.

La puerta de casa permanecía aún abierta. Cuando estuvo dentro vio que su padre ya no se hallaba en el salón. Su madre, sentada a la mesa, veía la televisión mientras tejía.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Es mío —gritó el chico—. Lo encontré yo.

—Calla, o despertarás a tu padre.

Pero el chico no la escuchaba. Se sentó en el suelo y, apresuradamente, comenzó a vaciar la caja que el agua casi había deshecho. No notó movimiento, ni ruido ninguno. Cuando todo estuvo fuera el chico continuó

buscando entre las revistas viejas con las hojas rizadas, y los trozos de neumático; pero solo halló un muñeco que no tenía cabeza y un avión de plástico con una pegatina publicitaria en el alerón. No había ningún cachorro.

—¿Qué porquería es esa? —increpó la madre—. Mira cómo lo has puesto todo.

—¡Déjame en paz! —gritó él.

—¡Vaya! —La madre dejó de tejer, y movió un dedo acusatorio hacia el chico—. Veremos qué tiene que decir tu padre de esto.

El chico cruzó los brazos bajo el pecho, y durante unos segundos contempló la caja con la cara vacía de expresión.

—Está borracho —dijo al fin.

La madre lo miró con asombro.

—Pero... —Sacudió la cabeza y sin dejar de mirarlo, reanudó nerviosamente la costura—. Recoge todo eso de inmediato.

—Déjame —gritó el chico—. Quiero el cachorro —se puso en pie y descargó con fiereza una patada sobre el montón de cosas—. Estaba aquí.

Pero su madre ya no lo escuchaba; en la tele empezaba una de esas películas que le gustaban tanto. Todo el mundo cantaba en vez de hablar. Daban vueltas los unos alrededor de los otros, como si todos se quisieran, como si nada en el mundo les importase más que cantar y bailar.

—Ha sido él —dijo el chico, con los ojos dilatados por la furia—. Él se lo ha llevado.

—¿Se puede saber de quién hablas?

—El hombre negro.

—No digas bobadas, y haz el favor de callar —ordenó la madre—. Tu padre está enfermo.

—Ha sido él. Ha sido él. Odio a ese negro maldito.

Su madre cabeceó, y siguió tejiendo. El chico, los puños apretados dentro de los bolsillos, lo abandonó todo en el suelo y fue a mirar por la ventana. Tras las cortinas, la noche había caído lentamente, y en el traspatio la luz tenue de una bombilla parpadeaba remota, semejante a un faro en la oscuridad del mar.

Madame Zolá

Leo subió cojeando la cuesta que conducía al bar de Ángel. Llovía esa tarde, y estaba a punto de oscurecer. Había estado dando tumbos por la calle, con la cartera al hombro, buscando la ilegible dirección garabateada en la última carta del reparto.

Era tarde; sin embargo nadie esperaba a Leo en casa. Hacía tiempo que el viejo no tenía prisa por volver. La casa vacía, últimamente, le hacía pensar en chiquillos correteando y en fantasmas. No era bueno pensar en fantasmas, los ojos acaban viendo lo que el corazón no quiere ver. Por eso se detenía cada tarde en el café de Ángel. No era ningún borracho, pero ahora, ya viejo, Leo le había cogido gusto a tomarse algo fuerte antes de ir a la cama.

Arrastró su pierna con esfuerzo y empujó la puerta del bar. Era un local desangelado, con azulejos grises hasta media altura de la pared y baldosas mugrientas en el suelo. La luz pobre, que salía de los fluorescentes emitiendo un zumbido de insecto, dibujaba sombras siniestras en los ventanales cubiertos de vaho. Pertenecía a un hombre amargado y rudo llamado Ángel. Después de la calle fría y solitaria el lugar resultaba apacible: junto a la barra había un par de mujeres conversando, un grupo de hombres de la fábrica con su mono de trabajo y más allá, sentada a una de las mesas, una mujer de piel cetrina que tenía los ojos fijos dentro de una copa de anís.

Leo se acodó en el mostrador. Agarró del pantalón y tiró un poco hacia sí de la pierna. Una barrena de hierro que le cayó encima siendo niño le había dejado desde entonces la pierna dolorida e inútil, por la falta del dedo gordo del pie. No se puede andar sin dedo gordo en el pie. Pero el viejo ya se había acostumbrado; podía hacer su recorrido más rápido y entregar las

cartas más deprisa que algunos de los carteros más jóvenes. A última hora, sin embargo, siempre se sentía cansado y algo débil.

Se sentó en el taburete y esperó a que Ángel acabase de freír en la plancha unas lonchas de jamón, que se retorcían en la grasa como trozos de papel quemado. Se conocían de hacía tiempo, por eso en ocasiones Ángel le invitaba a una copa y se interesaba por su salud; pero el camarero era tanto más tacaño cuanto más fijos eran sus clientes. Esta vez no dijo nada. Cuando Leo se sentó le puso sobre el mostrador una taza de café y una jarrita de leche.

—Supongo que el café me irá bien —agradeció Leo.

Y miró la taza con desdén. Echó la leche y bebió despacio, con parsimonia, rodeándola con ambas manos para entrar un poco en calor. Estaba casi anocheciendo, y en la calle las frías gotas de lluvia resbalaban por las ramas huesudas de los árboles.

Acabó su café, que le cayó bien al estómago, y como Ángel no tenía intención de invitarle a beber esa noche, lo saludó, y ya se iba cuando una voz le llamó:

—¿Oiga?

Volvió la cabeza, y vio a la mujer de piel oscura sentada a la mesa del fondo que le hacía señales. Sonreía, pero había en sus ojos algo raro; parecían vacíos. A Leo le dio la impresión de que miraban a un bulto transparente puesto delante de él.

—¿Puede venir hacia aquí, señor? —pidió, con un acento extranjero, duro, extremadamente cortés.

Cauteloso, Leo se aproximó. Cojeaba un poco al andar; la inestabilidad que la falta del dedo le producía le hacía dar traspiés continuamente.

—Diga —expresó con sequedad.

La mujer estiró una mano larga y huesuda, como si pretendiera tocarle, mientras fijaba la vista extraviada en algún punto indefinido del local.

—¿Qué quiere?

La voz de Leo sonó ronca, hueca. De repente el bar se quedó silencioso. La mujer dijo despacio:

—Es usted un hombre fuerte, ¿verdad?

En la barra, las dos mujeres se rieron, y Leo dio un paso atrás. Miró a Ángel, que estaba secando unos vasos, y el camarero apartó de él una mirada cansada y burlona. Leo quería reírse también; pero no se atrevió. La mujer estaba seria.

—Quisiera pedirle un favor, si fuera usted tan amable... —dijo, ignorando las risas, en tono conciliador—. Le invito a un trago, ¿qué me dice?

Por el rabillo del ojo, Leo echó un vistazo a las mujeres. Ya no se reía ninguna y Ángel, tras el mostrador, se había vuelto hacia la plancha, donde el aceite crepitante quemaba unas tiras de beicon.

Cambió la cartera de hombro y se sentó frente a la mujer. Tenía la piel oscura y grandes ojos rasgados, de un color verde tan claro que parecía diluido en el fondo blanco de su iris. De improviso, su semblante se tornó solemne; abrió el bolso y sacó de él un periódico viejo que tendió a Leo y señaló haciendo un ademán con la barbilla.

—Esa soy yo —dijo en tono teatral, sin apartar los ojos de Leo. Un dedo ajado y amarillento se arrastró hasta un pequeño titular de la página.

Leo se aproximó al periódico y leyó para sí: Amigos, ¿se les descarnan las encías? El resto del anuncio era demasiado pequeño y estaba muy emborronado como para que alguien pudiera descifrar algo en él.

—¿Lo ve? —Se inclinó ella también sobre el diario. Señaló con ansiedad dos hileras menudas de letras—: Ese es mi nombre: *Madame Zolá*. ¿Le suena?

Leo la miró de reojo sin moverse.

—Creo que no.

—¿No? —El rostro de la mujer se ensombreció. Cerró el periódico y lo volvió a guardar—. Pensé que quizá se acordaría.

—¿Qué se va a acordar de ti, Condesa? —rio Ángel, desde atrás—. Cuidado con ella, viejo; es una auténtica madama.

La mujer sacudió la cabeza. Llevó sus manos bajo la mesa y durante unos segundos pareció que fuese a llorar. Pero *Madame Zolá* se repuso; levantó la barbilla y dijo:

—Usted es más joven que yo, no puede acordarse... —Dio un largo trago a su copa y, sonriendo con nerviosismo, ordenó—: Camarero, por

favor: sírvanos dos copas más.

Leo se volvió incómodo en la silla. A su espalda, Ángel echaba el anís en las copas. Leo le hizo una seña llevándose un dedo a la sien; intentaba averiguar si esa mujer estaba loca. Pero el camarero se limitó a servirles el licor de forma estudiada, ceremoniosamente, y antes de alejarse de la mesa pidió:

—Si no le molesta, *madame*, será mejor que abone ahora la consumición.

La mujer apartó de ella la copa, se irguió y sacó unas monedas del bolso. Tenía la cara triste, pero altiva; y miraba al camarero que se alejaba como si mirase un fantasma. Fuera, casi se había hecho de noche, y Leo apoyó la cartera en su regazo.

—¿Es usted del asilo? —le preguntó a la mujer.

Ella envió una mirada confusa y vidriosa por encima de él.

—Oh, no... No —negó—. Pero, dígame. ¿Le ha ocurrido algo malo en su pierna?

Leo bajó los ojos. Tomó la copa, y bebió.

—Me falta un dedo.

—¡Oh!... —se lamentó ella. Sus cejas se arquearon—. Debió de ser muy doloroso para usted.

—Ya no me acuerdo.

—¿Quiere decir que ocurrió hace mucho tiempo? —insistió.

Pronunciaba las erres como si las escupiera. Pero su voz era bella, áspera y baja, y Leo sintió algo cálido en su estómago.

—Hace mucho tiempo, sí.

—Pero es usted un hombre fuerte, ¿verdad?

—Bueno... —titubeó Leo.

—¡Oh, vamos! Seguro que sí.

—Quizá lo fui.

—Oh, por la forma en que sujeta esa bolsa tan pesada, diría que lo es usted.

A su espalda, las dos mujeres volvieron a reír.

—Oiga, ¿se puede saber qué demonios quiere de...?

Leo se interrumpió. La mujer se llevó distraídamente la mano al pelo, y sonrió con una sonrisa forzada.

—Es usted tan rudo..., vaya.

A la luz pobre del café, Leo estudió su cara. Tenía la nariz y los labios finos, afilados como cuchillas, y la piel tersa y cetrina con pequeñas arrugas en torno a los ojos y los labios. Su mirada vagó inquieta un momento, como buscando un objeto inexistente, hasta que pareció fijarse en algún recóndito lugar.

—Como ha visto —explicó—, se hablaba de mí en los diarios.

—Claro.

—Pero lamentablemente, mi marido... Bueno, murió, ¿sabe? Y me quedé sola, ¿comprende usted?

—Humm —dijo Leo.

—Entonces vinieron los tiempos difíciles... —Elevó soñadoramente los ojos, y su expresión se volvió incierta—. No soy muy fuerte... No muy fuerte —fijó la vista en él—. No como usted.

—Yo...

Leo empezó a escurrirse de la silla. Pero ella levantó un dedo hacia él y luego juntó sus manos huesudas delante de los ojos, casi transparentes, y sin saber por qué Leo se quedó.

—¿Sabe? Antes de la guerra yo bailaba y cantaba. De joven era muy bonita... —se retorció las manos y su frente se arrugó en una extraña expresión de súplica—. Si usted quisiera... —empezó a decir—. ¿No querría tomar otra copa, señor? Oh, si usted quisiera... Si usted quisiera yo podría bailar y cantar para usted, ¿sabe lo que quiero decir? Y también podría cocinar. Por favor... —imploró—. Imagínese, con mi talento podría hacerle la vida más agradable... ¿Sabe..., sabe lo que quiero decir?

Sus vacíos e implorantes ojos permanecieron fijos en Leo un instante más. Leo no supo qué decir.

—Cualquier día de estos algún loco te dirá que sí, Condesa —gritó Ángel, de repente—, y encontrarán tus viejos huesos en una cloaca. Expatriada muerta a palos, ¿eh, *Madame* Zolá?

La mujer cerró los párpados, lentamente, y Leo pensó en el fundido en negro de las viejas películas mudas.

—Oiga —le dijo—. ¿Se encuentra bien?

Pero ella no pareció oírle. Contempló su copa un momento, y luego dio un largo trago hasta apurar todo el anís.

En la barra, Ángel servía en unos platos unas tiras quemadas de beicon y unas lonchas de jamón. A Leo le dolía la pierna, como siempre que volvía el invierno. Qué largo y enojoso se hacía el invierno. Miró a través de la ventana y vio que había oscurecido, y el viejo se echó al hombro la cartera.

—Señora —dijo, dirigiéndose a la mujer—. ¿Le gustaría que la acompañase a algún lugar?

Madame Zolá levantó la cara, despacio. Frunció el ceño y las comisuras de sus labios se aflojaron en una mueca como el puchero de un bebé. Leo le tendió la mano y ella se levantó con dificultad y se dejó acompañar hasta la puerta, que se cerró sin ruido detrás de los dos.

OceanofPDF.com

Piel genuina

Abril cruzó una pierna sobre otra, y lentamente dejó caer la mano sobre el brazo del sofá. Los volantes de la blusa de seda derramaron su blanco por la piel suntuosa, genuina, algo desgastada en el respaldo de sostener el peso a dos generaciones de Gabras. Levantó una ceja como había visto hacer en el cine, y observó el delicioso contraste que hacían ambas telas con fingido desdén. Si ese hombre tenía un mínimo de sensibilidad no podrían pasarle por alto sus maneras, sus muñecas finas, su cuerpo todavía vigoroso y lozano. Aún conservaba su feminidad, a pesar incluso de que su piel estuviera ya moteada de esas odiosas pecas que el tiempo enviaba de forma indiscreta, pero que bien podían pasar por pura holganza bajo el sol de la isla. No; Gabras era un caballero, como lo demostraban sus modales: en toda la semana había rebasado siquiera el umbral de unas caricias tímidas y unos pocos besos, que sin embargo a ella le habían parecido abrasadores.

También la casa de Gabras, la antigua residencia familiar, hablaba suficientemente de él: cuadros en las paredes, alfombras en los pasillos, habitaciones que solo se usaban en verano o invierno y viejas fotografías de familia sobre muebles de anticuario cuya superficie pulida los años habían ya envuelto en su pátina de *glamour*. Por todas partes se respiraba el olor de la madera, de la constancia y la solidez; el mismo aroma que Gabras desprendía para ella.

Una ráfaga de brisa marina hinchó los visillos de la tarde e hizo temblar las velas repartidas por el salón. Abril admiró todos aquellos objetos preñados de significados ocultos, pedazos de la estirpe de Gabras, y que ansió que en adelante él fuera desvelando para ella.

Cambió de postura con lentitud. Una humedad creciente en los ojos le obligó a parpadear, y apartó la vista a otro lado. Más allá de la ventana, tras

los visillos, una vela blanca y diminuta se arrastraba hacia el frescor vespertino del mar abierto.

—Lo maravilloso es que no huele —la voz ligeramente ronca de Gabras vino a sacarla de su ensoñación.

—¿El qué?

Dio un lento rodeo para esquivar la mesita y las piernas de Abril, y se dirigió al mueble bar situado tras ella. Su cuerpo, algo inclinado hacia delante a causa de las poderosas zancadas, se volvió un instante hacia ella antes de contestar.

—Una buena piel no debe oler demasiado.

Abril no comprendió. A veces Gabras se volvía repentinamente real y algo prosaico, y le resultaba incomprensible. Tuvo que retorcerse y hacer girar el cuello para descifrar algo en su cara.

Él acariciaba extasiado el respaldo del sofá.

—Mi madre lo compró en New Castle, en 1956. Piel auténtica.

—¿De verdad?

—Lo cuidó como si fuera un miembro más de la familia —rio, con emoción contenida—; jamás ha olido más de lo necesario.

Abril pasó también su mano por el brazo del sofá, y sonrió con una sonrisa forzada.

—Es muy bonito —declaró con ternura.

El hombre movió la cabeza como apartando vagos pensamientos nostálgicos, y sonrió también.

—Pero, bueno, ¿soy tonto? —se reprendió, tensando los músculos del cuello—. A ti qué puede importarte todo esto. ¿Qué quieres tomar?

Ella acercó su mano a la de Gabras, que en ese momento la apartó del sofá. Pensó decirle que sí le importaba, si le importaba a él; pero el aroma de su perfume llegaba hasta Abril mezclado con el otro más lejano del salitre y de la arena de la playa, y dejó que sus ojos hablaran soñadoramente por ella. Los entornó con coquetería, y los dejó luego fijos sobre los de él.

—Lo que tú bebas —contestó.

Él sirvió unos cubitos de hielo en un par de copas talladas, y tomó una de las botellas del mueble. Mientras servía, continuó hablando.

—Por cierto —dijo—, ayer recordé que ya te había visto.

—¿En serio?

—Me temo que sí —y movió hacia ella un dedo acusador—. Esta isla es muy pequeña.

—¡Oh, eres un diablillo! —le reprochó Abril. Contuvo una risita, y se llevó la mano a los labios en un fingido arranque de pudor—. De modo que te acordabas y no me lo habías dicho —le miró con vivo interés, y añadió —: Me siento muy halagada.

—Por supuesto que me acuerdo, querida. Llevabas unos pantalones... —observó, adelantando la nariz, él—, bueno, unos de esos pantalones tan... modernos. No me malinterpretes; tú tienes una figura estupenda, teniendo en cuenta tu...

El final de la frase quedó flotando en el aire como una mancha en un mantel.

Abril estiró su falda con dignidad, y se llevó una mano distraída al pelo.

—Bueno, supongo que eres muy amable.

—Verás, francamente no comprendo los giros de la moda —reflexionó, conciliador—. Pero no creas, incluso mi madre llegó a usarlos.

Frunció el entrecejo, y de repente su gesto se volvió grave y concentrado. Abril sintió un estremecimiento, y pensó en el busto esculpido en piedra de algún dios.

—Aquel día... —añadió él, tras un silencio—, en el paseo marítimo te acompañaba un hombre.

—¿De veras?

Tendió a Abril una copa de las que había preparado, y se sentó con la suya frente a ella, en un ancho butacón tapizado que lo engulló entre sus pliegues como un ama de cría a un bebé.

Abril esperó ansiosa.

—¿Ese hombre y tú...? —comenzó a decir Gabras, meciendo el contenido de la copa—. Bueno, no quisiera ser indiscreto...

—¿Te refieres a...? —le interrumpió ella, dominada por la emoción. ¿Era posible que aquel hombre estuviera celoso?—. Oh... —Envuelta en la atmósfera sofocante y febril del salón, bajó los ojos, y sonrió al hombre que tenía delante con una sonrisa que se le fue de los labios—. En realidad, ni siquiera recuerdo quién era.

—¿De verdad? —inquirió él. Detuvo la copa en el aire durante un instante de sorpresa, y observó el contenido. Un segundo después reanudó el movimiento con aire de despreocupación—. Vaya..., eso es desconcertante.

—Lo cierto es que me encuentro tan a gusto aquí —Abril paseó la mirada en tomo suyo, y a continuación fijó la vista en el hombre—. Quiero decir..., contigo. Han sido unos días perfectos, ¿no te parece?

—Es cierto —convino él—. El tiempo ha sido inmejorable.

Sus ojos, casi del todo grises, la miraron un instante para volver a posarse en la copa. Había hecho aquello mismo varias veces más durante la última semana; la semana más romántica que Abril recordaba haber pasado. Habían navegado alrededor de la isla, cenado a la luz de las velas, paseado en coche y permanecido juntos en la oscuridad de la noche mientras las palabras de Gabras se derramaban en sus oídos como si en realidad se tratase de música celestial. Parecía mentira, a estas alturas. Ciertamente que Gabras no hablaba demasiado de las cosas que a ella más le habría gustado escuchar. El suyo era un carácter extraño; introvertido y mundano a la vez; propio de un hombre de negocios. Pero esos gestos le delataban. Sí, sí que lo hacían: reparaba en algo y se mostraba nervioso. Incluso ahora, a Abril le pareció que su mano temblaba un poco alrededor de la delicada copa de cristal.

—Tal vez no lo creas —dijo de repente él, como reanudando una conversación antigua—, pero mi madre adquirió la mayoría de estos objetos directamente de manos de sus propietarios originales.

—Oh. Toda esta casa es magnífica —anunció Abril, observando cuanto abarcaba con la vista—. Y tu madre debió de ser una mujer fascinante. Comprendo que sea difícil de sustituir.

—Lo fue —aseguró él terminantemente—; una mujer única. Siempre supo estar en todas partes.

Miró a Abril con fijeza desde el fondo de su vieja butaca, como si fuera un poderoso león a punto de saltar sobre su presa. Ella le aguardó sumisa, envuelta en la cálida piel del sofá que parecía engullirla también.

Fue en ese instante que Gabras se levantó, su copa en la mano, y fue a sentarse junto a ella. El rostro de Abril se encendió aún más, y la sangre

comenzó a palpar tan frenéticamente en sus sienes que hasta temió que él pudiera notarlo. Se imaginó a sí misma al lado de ese hombre para siempre, en aquella casa, recorriendo con él los pasillos alfombrados a la luz de las velas, ocupando junto a él la genuina piel de aquel sofá, compartiendo las cálidas sábanas de las habitaciones de verano.

—¿Sabes que tienes una de las estructuras óseas más extrañamente bonitas que he visto? —insinuó Gabras, contemplando como hipnotizado el líquido dorado que daba vueltas en su copa. Apoyó una mano indecisa sobre la rodilla de Abril, y volvió a apartarla de nuevo; pero ella la atrapó.

—¿Qué quieres decir? —susurró, cerca de su oído.

Él no contestó. El rumor de los bañistas que alborotaban en la playa atravesó el cuarto como una lejana insidia. Abril tomó la mano de Gabras. La observó a través de la cánicula de sus ojos, la acercó a su boca, y después la besó. Codiciaba esa mano, envuelta en sudor frío. Recorrió con ella sus labios, y después su cara, donde el maquillaje era ya una grasienta y molesta película; y después comenzó a descender con ella hasta el vértice de su blusa.

Todo el tiempo oyó a Gabras respirar fuerte a su lado, casi dentro de ella, mientras seguía deslizando su mano como si una hermosa serpiente recorriese su piel aún lozana y moteada de pecas, aprisionando la de él.

De pronto, el hombre hizo un movimiento brusco. Contrajo su cara como si alguien lo hubiese azuzado, y soltó la mano de Abril. La copa de cristal cayó, derramando el contenido sobre la blusa de ella; y acto seguido se estrelló contra el suelo. El genuino cuero del sofá gimió bajo los dos cuerpos como un animal moribundo.

—¡Cielos! —exclamó Gabras.

Se apartó violentamente de ella, y se arrodilló a sus pies donde, dominado por los nervios, empezó a recoger los cristales.

—Lo siento —balbuceó—. No puedes imaginarte cuánto lo si..., siento —tartamudeó. Después bajó la cabeza, y repitió—: Perdóname.

Abril recompuso con dedos torpes y enojados los desordenados pliegues de su blusa, evitando mirar al hombre arrodillado ante ella. Al otro lado del oscurecido ventanal, como cada atardecer, el rumor de las alegres voces que entrechocaban en la playa, se extinguía.

La cantera

Fue por una tontería. El chico no quería tomar parte en las peleas que el viejo organizaba contra los muchachos del pueblo, y a mí me tocó convencerle. Todos, incluso los del pueblo, habíamos oído hablar de él. Acababa de salir de la cárcel.

Pero esa no era razón suficiente para morir.

El pueblo era feo; unas casas manchadas de herrumbre emulando la opulencia de un poco más al norte, y calles tristes, húmedas, de contornos imprecisos y desportillados, y solares que salían al encuentro. Era un lugar aburrido. Fuera de las horas del trabajo en la cantera, no había mucho que hacer. Al acabar su turno, los chicos se divertían bebiendo en los dos únicos bares, y durante el fin de semana, cuando no escapaba cada uno a su casa por ahorrarse unos billetes, jugaban partidos de fútbol. O peleaban a cambio de dinero. Si alguno de ellos ganaba, podía ser mucho dinero.

Fue Diego el primero en hablarme de él.

—¿Por qué carajo nos mandan a un exconvicto? —le pregunté, mientras examinaba el informe de la compañía que me había entregado esa mañana.

—A mí qué me cuentas, jefe. Yo solo reparto el correo, y arreglo los desagües.

Estábamos frente a la caseta que nos servía de oficina, casi al pie de la cantera. Un poco más allá se extendían las barracas donde algunos de los hombres dormían; detrás, corriendo parejas, la carretera y la vía del tren; y presidiéndolo todo, como un gigante paciente y manso, el macizo, arrancado a dentelladas, cuyas faldas verdes el otoño había cubierto ya con su manto ocre y rojo de decadente espesura.

—Me pregunto cómo demonios funciona este tinglado —dije, y pensé en la cantidad de cosas que habría podido hacer de no haber ido a parar a un

lugar como ese. Quizás no demasiadas.

Prendí en silencio el cigarrillo que Diego me tendía, y observé la blanca estela de polvo que se acercaba desde el este. Zigzagueó despacio, como un águila en el cielo, y parpadeó tras los borbotones verdes de la carretera ondulante hasta venir a detenerse a unos metros de los dos.

Era ella.

—¿Qué viene a buscar aquí? —pensó Diego en voz alta, mientras los dos la veíamos descender del coche.

—Yo sé lo que viene a buscar —contesté—. Pero no va a encontrarlo.

Permanecemos callados, con las manos tras la espalda, mientras ella se aproximaba con ese andar suyo de pasos firmes y seguros.

—Buenos días —dijo cuando estuvo ante los dos.

—Bonita mañana —dijo Diego.

—Señora Montes —saludé.

Ella miró más allá de nuestros cuerpos, hacia la caseta de ladrillo rojo, con un movimiento brusco que hizo ondear al viento su melena marrón.

—Pensé que encontraría aquí a mi esposo.

—Su marido se marchó temprano esta mañana.

—¿Adónde? —preguntó. Lo dijo mirando a otro lado, con una amabilidad fría que su voz expeditiva no disimuló.

—A la ciudad.

Me miró.

—No me dijo que fuera a marcharse.

—Tampoco su marido me informa a mí de todo cuanto hace —respondí con arrogancia.

Su boca, de labios finos apenas maquillados, se plegó en una mueca imperceptible.

Como no contestó, añadí:

—¿Necesita algo, señora?

Cambió su bolso de mano, y durante unos segundos nos estudió a los dos. Parecía enfadada. Una sombra enrojecida se extendía alrededor de cada ojo, y los labios se apretaban en una línea curva y tensa. Pero a mí me parecía la mujer más hermosa que había visto en mi vida.

—No —respondió al fin, desafiante; tras de lo cual dio media vuelta y se alejó.

Aguardé un instante y después eché a andar detrás de ella.

—Espere —ordené, mientras la seguía hasta el aparcamiento—. El señor Montes dejó algo para usted.

Estaba ya dentro del coche. Bajó la ventanilla para que pudiera hablarla, y miró hacia el frente aferrando el volante con las manos.

Me incliné hacia ella.

—Te veré esta tarde —le dije—. A las siete. Él no estará de vuelta hasta las diez.

No respondió.

—Adiós, Anabel.

Arrancó.

Regresé con las manos en los bolsillos, evitando mirar a Diego a los ojos. Pero él me observaba. Nadie nos había visto nunca, aunque todo el mundo estaba al tanto. Todos excepto el viejo.

—Iré a revisar los desagües —dijo Diego, entrando en la caseta delante de mí.

—Hazlo —respondí secamente. Me senté a la mesa, e hice girar la silla frente al ventanal. Alcé los ojos por encima de los arbustos raquíticos y de los árboles sin hojas, donde el cielo era una intensa mancha azul coronando la montaña. Después me volví hacia Diego, y eché un distraído vistazo a los papeles—. No le causemos problemas a Montes.

—No... No lo hagamos.

—Y devuelve este informe. No creo que al señor Montes le interese tener a un delincuente trabajando para él.

—¿Es que no lo has oído? El viejo quiere ponerle a pelear —dijo Diego ya en la puerta.

Alcé la vista y le miré.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo saben todos.

Callé un momento, y reanudé mi trabajo.

—Lárgate —concluí.

Lo sabían todos menos él.

Rico se presentó allí una semana más tarde. Era temprano; el sol no asomaba aún del todo tras el peñón de la cantera y la sombra se replegaba por el valle teñido de pardo y azul, donde algunos pájaros pequeños iniciaban sus vuelos cortos por encima de las copas de los árboles.

Como cada mañana, el viejo se había dejado caer por la oficina para darme instrucciones. Solía aparecer por allí a la salida del sol, bien vestido, diligente, siempre presto a que yo le informase de cómo andaban las cosas sin entrar en pormenores molestos que dejaba a mi discreción. Adónde iba después era algo que no me consultaba. El viejo no se aburría; siempre estaba de aquí para allá, andaba metido en política y, además, organizaba las peleas.

—Adelante, pasa —le indicó al chico.

Estaba sentado en mi mesa. Se había acicalado a esa manera suya; la cara lampiña y brillante, el pelo algo canoso peinado hacia atrás con un aire que le daba el aspecto de vieja gloria de Hollywood. El abrigo, sobre los hombros, le caía con estudiada desgana a ambos lados del traje. Con uno de aquellos trajes suyos podría yo haberme pagado la universidad; si es que alguna vez eso me hubiese interesado.

—Gracias, señor —dijo el chico.

Montes levantó las cejas como si fuera a mirarlo, pero sin dejar de hacer lo que hacía, le ordenó que cerrara la puerta y, durante un rato, no dijo más. Yo permanecía de pie a su lado. Observé el aspecto extraño del chico que esperaba frente a nosotros, sin poder apartar la vista de sus miembros largos y fuertes y de la gorra cuya visera le ocultaba los ojos. No parecía un delincuente.

Vi que Montes lo observaba también.

—Quítate eso —le ordené.

El chico se quitó la gorra y la estrujó. Cuando miró al señor Montes lo hizo directamente, pero con un velo de infantil arrobó en sus ojos azules que los hacía brillar. No tendría más de veinte años.

—Siéntate —le invitó Montes.

Yo acerqué una silla, y Rico se sentó.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Ricardo —contestó, educadamente—. Ricardo Noriega. Pero todos me llaman Rico.

—Muy bien, Rico; este es un trabajo duro —manifestó el viejo, entrelazando sus manos sobre el buró—. Muchos no lo resisten. Pero tú pareces una persona fuerte.

—Sí, señor.

Los ojos azules del chico iluminaron su cara delgada. No sonreía; pero sus ojos siempre parecían hacerlo.

—No creas que voy a preguntarte qué pasó —continuó Montes, con fingido talante demócrata—. Soy de los que creen en la segunda oportunidad, chico. Los hombres se equivocan a veces; creen hacer lo mejor, y no es así.

Se detuvo un instante aquí, y juntó las puntas de sus dedos.

—Creo en la autoridad que dicta a un hombre lo que debe hacer —dijo—. Esa autoridad dice ahora que pague por lo que hiciste, y eso es cuanto puede hacer un hombre.

—Sí, señor. Le aseguro que no les defraudaré.

La voz del chico no vacilaba, y sus ojos, francos, parecían sonreír cuando nos miró al decirlo.

—Estupendo, muchacho, estupendo.

Un sonriente Montes sacó del bolsillo su pitillera de plata y me la ofreció. Tomé el cigarrillo; ofrecí un fósforo a Montes, y prendí luego el mío.

Entonces se puso en pie.

—Pero también nos divertimos —avanzó hacia la puerta abrochándose el abrigo, mientras el chico hacía girar sus talones—. Organizamos aquí unas peleas magníficas. Pura diversión, ¿verdad, Noel?

—Desde luego —confirmé.

—Nada profesional, ya me entiendes; una forma de matar el tiempo. Me han hablado de que en la prisión... En fin, me han dicho que eres bueno, Rico. Noel te presentará a los otros y te pondrá al corriente. ¿Estás contento, eh, muchacho?

Mostró sus dientes al chico en una mueca afectuosa, y volvió hacia él la palma de la mano extendida. Rico se la estrechó.

—Se lo agradezco mucho, señor Montes. Trabajaré duro, no les defraudaré —y al decir esto miró a los ojos de Montes con ingenua serenidad—. Pero ya no peleo.

El viejo se detuvo frente a la puerta, y sujetó el tirador.

—¿Por qué?

—Verá, señor, quiero cambiar. Quiero decir que, bueno..., quiero hacer algo en la vida.

—Pero, hijo, no veo por qué no has de hacer lo que mejor se te da.

—Lo he dejado —concluyó.

Montes me buscó con la vista. Mientras lo hacía, la boca y la mirada del viejo se endurecieron.

—Tonterías —dijo—. Noel te convencerá. Deja que él te ponga al corriente de todo. Él sabe lo que conviene hacer aquí, ¿no es así, Noel?

Frunció el ceño, y volvió a preguntar.

—¿No es así?

—Desde luego, señor Montes.

¿Y por qué no? Claro que lo sabía. A fin de cuentas, nada de eso me incumbía a mí. Mis asuntos con el viejo se limitaban a dirigir su negocio, el trabajo en su cantera y, desde hacía un par de meses, acostarme con su mujer.

Visité con frecuencia la casa de Montes durante las dos semanas siguientes porque el viejo, más metido que nunca en algún negocio nuevo, pasaba los días en la ciudad, y una dama no debe estar tanto tiempo sola. No es que Anabel me interesase en serio, ¿cómo podría? Lo único notable que poseía yo frente al viejo era algo de juventud y una conciencia muy clara de mi lugar en el mundo. No era gran cosa. A pesar de todo, esa misma intuición me había enseñado que el trabajo en la cantera no me lanzaría al estrellato pero, que si me aplicaba, algo me quedaría entre los dedos.

Pero Anabel no parecía estar de acuerdo del todo.

—Pierdes el tiempo con él —me decía—. No es tu padre.

—Ya sé que no es mi padre, no seas absurda. Solo trato de hacer mi trabajo.

Ella creía en cierto tipo de virtudes ocultas que yo poseía, y que me negaba a mí mismo. Supongo que esa es la clase de cosas que la mayoría de mujeres piensa acerca de nosotros. Aunque no creo que a ella le diera igual; Anabel era ambiciosa. Imagino que eso es lo que vio en el viejo para casarse con él. No debió costarle mucho. Solo que ahora él era un viejo, y Anabel no.

Tal vez la chica no se equivocase conmigo, y hubiera debido tener más aspiraciones; o sencillamente puede que Montes ya no fuera suficiente para ella. Una noche, mientras yo me abrochaba la camisa frente al mismo espejo donde Montes lo hacía cada mañana, se sacudió el mal humor y dejó escapar sus reproches. Tenía el pelo revuelto y las mejillas sonrosadas, y una arruga amenazadora cruzaba sus cejas como un negro nubarrón.

—Nada de esto te afecta, ¿verdad? —me dijo, desde el borde de la cama, blandiendo como un látigo el cinturón de su bata.

Me volví hacia ella un instante, y después seguí hablándole tranquilamente a su imagen reflejada en el espejo.

—No digas bobadas —contesté—. ¿Quieres que el viejo nos sorprenda?

—No le llames así.

—Vaya —cogí mi chaqueta del respaldo de la silla, y mientras me la abrochaba, sonreí con cinismo—. ¿Vas a ponerte sentimental?

—Si vas a ser sarcástico conmigo, será mejor que te vayas cuanto antes.

Me senté junto a ella en la cama, y le tomé la mano. La tenía fría como un témpano. Besé la piel de sus nudillos, suave y bien cuidada, y volví a dejarla en su lugar.

—Métete en la ducha —le dije—, vas a coger frío. Y no pienses cosas raras.

—Yo no tengo tu estómago —replicó malhumorada, volviendo su cara con desdén—. No podré seguir aguantando esto mucho tiempo más.

Aquello era nuevo, y tenía gracia. Lo más notable de las mujeres es conseguir hacer que parezca que han sido injustamente robadas; y lo más gracioso es que lo creen de verdad.

—Yo nunca dije que esto me pareciera lo mejor.

Volvió hacia mí la primera mirada tierna de la noche, y bajó los ojos.

—Lo sé —dijo, frotando nerviosamente las manos—. Él no está bien, ya no es como antes. Sé que anda metido en cosas turbias.

—Tu marido es un hombre de negocios. Nunca pareció importarte eso.

—No, antes no. Pero todo se vuelve complicado —tomó aire. Tras una pausa teatral, agregó—: Ahora me da miedo.

—¿Qué te da miedo...?

Iba a reírme, pero me contuve.

—¿Por qué?

—Ese chico, como se llame... —Sacudió la cabeza con pesar—, a veces lo he visto por el pueblo.

De pronto, me miraba con una expresión de dureza en sus ojos que me acusaba.

—Alguien le ha hecho eso. Sé que ha sido él.

—Montes no ha tenido que ver; él se lo ha buscado solo. Los chicos habrán querido darle una lección.

—Y tú no piensas hacer nada.

—Yo no tengo nada que hacer —protesté—. Traté de persuadirle de que participase en las peleas, al menos en alguna; y no me escuchó.

—Yo te quiero.

Lo dijo de repente, sin más. Sus palabras cayeron a plomo en mis oídos, como la losa de un sepulcro.

No supe qué contestar.

—Está bien —suspiró; y bruscamente se puso en pie—. Creo que él lo sospecha.

Cerró su bata, cruzando ambos brazos sobre el pecho. El tono de su voz se volvió opaco.

—Quiero acabar con ello.

Me levanté de la cama dándole la espalda a Anabel, sintiendo súbitamente el frío húmedo que llenaba aquel cuarto, que llenaba toda la casa; y caminé con las manos en los bolsillos hacia el ventanal. La noche estaba tan negra como el alma de un condenado.

—De acuerdo —le dije—, acabemos con ello.

No estaba seguro de que dijera lo que quería en realidad. Pero las cosas estaban así.

Durante dos o tres días evité pasar cerca de la casa. El tiempo se estaba volviendo infernal; llovía a todas horas, lo cual complicaba el trabajo en la cantera, y finalmente obligó a cerrarla.

El aguacero nos tenía a todos con los nervios crispados. Los hombres pasaban el día enfrentados los unos contra los otros dentro de los barracones, a punto de estallar, y solo el anestésico servido en los dos bares del pueblo conseguía aplacarlos. Yo no salí de la oficina; ni tampoco ella se dejó ver por allí. Lo peor era que mi humor me jugaba malas pasadas con Montes. En un par de ocasiones sentí su mirada de hierro clavada en mi nuca, y tuve que apretar los puños dentro de los bolsillos y tragar saliva, antes de responder. Algo no andaba bien. Los últimos días no hacía otra cosa que atosigarme; iba de un lado a otro de la oficina, caminando nervioso, revisando papeles que yo ya había revisado, apremiándome con asuntos insignificantes por los que antes no se había interesado jamás. El viejo tenía problemas. Aún quería que el chico pelease; quizás eso era todo.

Por la mañana se presentó en la oficina temprano. Le pregunté qué pensaba hacer si las cosas seguían así, si la cantera continuaba cerrada. Fuera de la barraca la lluvia arreciaba y el viento lanzaba contra los cristales gotas grises como puntas de acero. Las montañas, al fondo, parecían lúgubres penitentes.

—Es muy posible que la cantera no vuelva a abrir, Noel.

Montes levantó la vista de mi mesa, y su mirada evasiva siguió tan solo el curso de los gruesos gusanos transparentes que chorreaban en el ventanal.

Aguardé en silencio a que dijera algo más, pero no dijo nada. No parecía ni regocijado ni triste. Me fue imposible descifrar nada en su cara.

—Sería una pena —lamenté—. Sobre todo por los hombres.

Encendió un cigarrillo lacónicamente, y volvió a revisar los papeles que había sobre el buró.

—Esos son unos sentimientos muy nobles, Noel —dijo con mal humor—; pero los chicos no me importan ahora. Voy a vender todo esto, y a

largarme de aquí.

—¿Se marcha?

—Así es, muchacho. Nos vamos.

—Su esposa... ¿se va con usted?

Fue una insensatez. Las palabras salieron solas, antes de darme cuenta siquiera de que eran mis propios labios quienes las pronunciaban. El viejo levantó las cejas.

—Pues claro —afirmó. Durante unos segundos me pareció que una sombra siniestra planeaba por sus ojos; pero a continuación sonrió, y dijo —: Se aburre aquí; es natural.

Aún me sentía ofuscado cuando el viejo se puso en pie, y echó a andar hacia la puerta.

—Pero antes está ese otro asunto —dijo.

—¿Qué asunto?

—No lo has arreglado, Noel. Ese chico anda por ahí como si fuera el amo.

—¿El amo? —repetí confundido. Hasta después de un instante no supe que me hablaba de Rico—. Señor Montes, no puedo hacer nada; ese chico...

—Traje a ese chico aquí solo con un propósito —me interrumpió—, nada más.

—¿Sabe que está mal herido?

El viejo rehuyó mi mirada.

—Las cosas no son fáciles para nadie —dijo. Comenzó a ponerse el abrigo, mientras repetía—: Las cosas no son fáciles para nadie. Mírate a ti, Noel. Has trabajado muy duro y tendrás tu recompensa. Y créeme: nadie te habrá regalado nada de lo que consigas a partir de ahora.

Las cosas no debían de andar muy bien para que el señor Montes se viera en el trance de tener que recompensarme por callar. Sus asuntos eran cosa suya; pero quizás Anabel estuviese en lo cierto y aquel pobre chico se hallase en la picota después de todo.

—Te llevaré al pueblo en mi coche —le dije, un par de noches más tarde. Supongo que el chico no lo merecía, pero alguien debía persuadirle, antes de que el pobre idiota sufriese un percance mayor. A mí qué me importaba, a fin de cuentas. Anabel iba a irse, y el viejo iba a cerrar la cantera; nada me obligaba ya, pues, a interpretar el papel del héroe. Yo no era la estrella (como no lo había sido en mi vida), y eso era todo.

Fue callado durante todo el camino. La tarde moría deprisa por detrás de las montañas, y el sol, desplegando sus últimos rayos, ofrecía su tibieza a las almas simples que, como cada noche, regresaban ahora a sus seguros hogares después de una jornada de labor. Tenía el labio partido y la nariz rota a consecuencia de los golpes. Antes de llegar a la pensión donde se alojaba, anuncié que tomaríamos un trago.

—Yo no bebo —me informé.

—Me da igual. Será solo una cerveza.

En el bar de Pedro había solo un parroquiano. Departía con él cuando entramos, y únicamente levantó un dedo para indicar que estaría enseguida con los dos.

—Siéntate —le ordené.

Ocupamos una mesa al final del local, donde alguien había colgado unas fotografías grasientas con los bordes rizados de los lugares más pintorescos del pueblo. Si creía que con ello atraía a los turistas es algo que nunca me expliqué.

Rico miró a su alrededor con recelo, como si todo aquello, el zumbido sucio de la radio, el olor a guiso, el brillo eléctrico del televisor, le pareciese un decorado dudoso. Sentado en el borde de la silla, reunió las manos sobre la mesa, tan mansamente que parecían las manos de otro, y me observó con sus ojos azules que siempre parecían sonreír.

—¿Quién te hizo eso? —le pregunté.

—Nadie me lo hizo. Me caí —dijo, frotándose la mano.

De una forma que no quise analizar, su respuesta me hizo sentir orgulloso. Saqué un cigarrillo. Miré hacia otro lado, y lo encendí.

—¿Cómo te va en la cantera?

—Bien. Es un buen trabajo.

Aspiré el humo despacio, sin prisa.

—No tienes muchos amigos, ¿no es cierto?

Pedro se acercó a nosotros, y le pedí las bebidas. El chico se replegó en su silla, contento, supongo, de la interrupción. El camarero volvió al instante con una cerveza, y un refresco de cola.

—Este es un sitio muy soso para no tener vicios. ¿Qué haces con el tiempo libre, ver la televisión?

—Leo —se incorporó, y dio un largo trago al refresco—. También hago algún recado.

—Lees —repetí—. ¿Qué tipo de recados son esos?

—Bueno, voy a buscar el pan y lo llevo a la tienda. A veces también me dejan llevar pedidos a domicilio —a continuación sonrió con arrobo, y confesó—: A veces he llevado la compra a la señora Montes.

—¿En serio? —No era más que un crío. Su expresión pedía a gritos un poco de afecto—. Es guapa, ¿verdad? —sugerí con aire cómplice.

—Sí que lo es, señor.

Guardé silencio un instante durante el cual se me ocurrió decirle al chico que se fuera, que recogiera sus cosas a toda velocidad, y se alejara de aquel sitio cuanto antes. Habría mejores lugares en el mundo, con toda seguridad. Pero no lo hice. En vez de eso, observé mi silueta encorvada en la superficie oscurecida del ventanal, y le hablé de las peleas.

—No quiero pelear —me dijo—. Tuve que hacerlo en A Lama. Pero ahora no.

—Arriba es un trabajo muy duro —advertí—. Y puede serlo aún peor. Mucho más.

Sus ojos llamearon durante un instante fugaz, como dos cristales de hielo. Tomó el cigarrillo que le ofrecía, y respondió con total inocencia, como si no me hubiese escuchado.

—Nunca había trabajado tanto, pero creo que me acostumbraré.

Le acerqué la cerilla.

—No me has entendido —dije—; creo que en tus circunstancias no estás en condiciones de elegir.

Me miró mientras aspiraba de la lumbré del fósforo, y tras recuperar su postura en el borde de la silla, sonrió y bajó la vista a los pies. Ahora sé que fue un gesto respetuoso. Pero en él, no había sumisión.

—Pagué por ello, señor —dijo. Se dirigió a mí con pena, con una franqueza casi idiota—. Le aseguro que me arrepiento. No hay nadie en el mundo tan arrepentido como yo.

Guardamos silencio, y al cabo pareció leerme la mente porque de improviso se relajaron sus músculos y su vista pareció alejarse por la ventana persiguiendo el último rayo de sol.

—Golpeé a un hombre. Era un hombre importante —dijo—, pero no murió.

No quise preguntarle quién era aquel hombre, porque no me importaba. Pero en aquel mismo instante supe que estaba perdido. Acabamos las bebidas, y más tarde salimos al aire frío de la noche. El cielo era una gran masa azul cobalto que parecía amenazar con dejarse caer sobre nosotros.

Llovió tanto durante la madrugada que a la mañana siguiente Diego y yo tuvimos que acercarnos al pueblo a buscar algún remedio contra las goteras. Al dejar la oficina, tomamos el camino de grava que conducía a la carretera comarcal. Condujimos un rato hacia el macizo azulado que presidía el horizonte como un alférez siniestro, antes de abandonar el camino y girar hacia el este, donde una esponjosa esfera amarilla clareaba tras un negro nubarrón. Frente a nosotros, el vendaval barría la superficie abierta del valle.

Al salir de la tienda le propuse a Diego que echásemos unas partidas de billar. Al fin y al cabo, la cantera iba a cerrar; para qué preocuparse. Eran las siete de la mañana y ninguno tenía deseos de volver. Después de unas bolas y de un par de cafés, acabamos hablando de ello.

—¿Qué piensas hacer? —le dije.

—¿Te refieres a cuando cierran? Puede que me vaya a Sort —dijo, rascándose la cabeza—. Allí tengo tierras.

—Vaya, así que eres propietario.

—Bueno, es cosa de poco; pero servirá.

Hizo una pausa y me miró de un modo enigmático, alzando un poco la ceja.

—Supongo que tú... ¿Tú también vas a irte; verdad, jefe? Debe de haber en el mundo cientos de lugares mejores para vivir.

—Claro —reflexioné—. Cientos de lugares mejores —me puse en pie, y golpeé cordialmente su espalda—. Vámonos ya, Diego, ¿quieres? O la oficina acabará inundada.

Había poca gente en las calles. Regueros de agua verdosa corrían como serpientes brillantes hacia las alcantarillas, bajo los rótulos luminosos y las pálidas farolas que emitían un zumbido sordo de insecto volador.

La vi en la estación. Ocupaba una mesa junto al escaparate del café, y parecía hallarse sola. Diego también la vio; disimuló cuando yo lo hice, y fingió no notar mi embarazo cuando sugerí que entrásemos a saludarla. Crucé la calle a grandes zancadas, con las manos como pesas hundidas dentro de los bolsillos, y solo después de atravesar el desierto salón hasta alcanzar su mesa, me di cuenta de que Diego se había quedado en la barra a una distancia prudencial. No tenía sentido fingir. Supongo que ahora eso ya daba lo mismo.

Alzó la vista, sorprendida de verme.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

No sé por qué, pero instintivamente busqué una maleta que explicase su presencia allí; pero solo hallé a su lado unos paquetes con la compra.

—¿Puedo sentarme? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Aquel lugar resultaba vagamente inquietante. No había conocidos, y Montes había salido para la ciudad en su coche solo un par de horas antes; pero yo no estaba acostumbrado a verla así, a plena luz del día. Su rostro parecía triste pero encantador, con los rasgos ligeramente llamativos a causa del maquillaje. Tenía buen aspecto. Se lo dije; y le dije también que me alegraba de verla.

—Gracias —dijo con sequedad, echando un rápido vistazo a Diego, a unos metros de nosotros.

También yo le miré.

—Esperaba la ocasión de verte —dije, bajando la voz. Al otro lado de la ventana, el día ventoso arrancaba las hojas rojas de los árboles haciéndolas caer bajo la lluvia—. Hacía tiempo que no hablábamos.

—Claro —asintió ella; y su voz adquirió de repente un matiz de desprecio—. Supongo que no hay razón para no hablar, ¿no es así? ¿Cómo te va?

—No puedo decir que me vaya muy bien —me eché hacia adelante en la silla y, nervioso, revolví mi bolsillo en busca del tabaco—. Tu marido va a cerrar la cantera.

—Lo sé —una sombra planeó por sus ojos—. Yo no he tenido que ver; ha decidido marcharse.

Dejé que el fósforo llameara un instante a unos centímetros de mi cara.

—Y tú te vas con él.

—No hay nada aquí que me retenga.

—Claro.

Prendí el cigarrillo. Mientras aspiraba el humo, contemplé con cansancio el brillo estriado y líquido que reverberaba en el cristal. Me acodé en la mesa, y junté las palmas de las manos.

—Quédate —le pedí.

Anabel vaciló. Me miró a la cara con una especie de súplica, como si al final se diera cuenta de lo que estaba haciendo, y como si nunca, durante todo ese tiempo, hubiera querido hacer nada en realidad.

—Qué fácil es para ti decir eso —dijo con dificultad—. Sabes que no es tan sencillo.

—Dudo que alguna vez algo te haya impedido hacer tu voluntad.

Un ligero estremecimiento sacudió su mentón.

—No sé qué quieres decir.

—Nada. Tu marido es un hombre importante, nada más. Te llama y tú acudes; se olvida y te diviertes un rato. Un día se levanta disgustado, y cien hombres se van a la calle.

—De cualquier modo —expresó con fría calma—, tú no tendrás problemas. A diferencia de los otros, tienes el futuro asegurado, ¿verdad?

Sabía lo que estaba insinuando. Me dolía, me dolía tanto como aquella forma de tratarnos, de deshacernos el uno del otro con el mínimo resto de

culpa. Era plenamente consciente de mi cobardía y de mi mezquindad.

—Supongo que cada uno es esclavo de su propia servidumbre —respondí con pena—. Escucha, Anabel, yo...

Pero las palabras, que al parecer estaban ahí, no salieron; y durante un instante ninguno de los dos dijo nada. En la barra, Diego pagó lo que estaba bebiendo, y al abrir la puerta para irse una fría ráfaga de viento procedente de las vías inundó el local.

—Bien —dijo ella. Luego se puso en pie y me contempló con suficiencia, como una diosa dictando sentencia desde su altar—. No voy a dejar que se salga con la suya.

—¿A qué te refieres?

—Ni él, ni tú —mientras se ponía el abrigo, sus ojos se volvieron opacos—. Ese pobre chico no va a ser la presa de vuestra codicia.

—¿De qué estás hablando?

—Lo que has oído. Pienso ayudarle a salir de aquí.

—¿Te has vuelto loca?

—Si de verdad me quisieras lo harías tú.

—¿Si de verdad te quisiera...?

Mi voz retumbó grotesca.

Pero ella no añadió nada más. Cogió sus paquetes, y después la vi abandonar el local caminando sobre sus altos tacones con aire aristocrático; supongo que tal como yo quería verla. Atravesó la calle sin vacilar hasta el aparcamiento, donde Rico la esperaba. Tomó los bultos, y después de abrirle la puerta, dio un rápido rodeo para sentarse a su lado en el coche.

Pensé mucho rato en la escena, ella marchándose con Rico al final de un largo anochecer, y abandonando a Montes por otro hombre que no era yo; y durante horas di vueltas en la cama con esa visión llenándome la cabeza de algo parecido a los celos. Fue una estupidez: ninguno de nuestros actos estaba unido al de los otros; tampoco nuestros corazones. El de Anabel no lo estaba con el del chico más que con el de su esposo. Ni si quiera con el mío.

Aún era de noche cuando sonó el teléfono, y volví a oír su voz. Parecía confusa y aterrada. Dijo que Montes lo había hecho, dijo que no quería

marcharse: «Yo no quería que esto acabara así». Nada más. Y después colgó.

Aún sostuve el auricular durante largo rato pegado a mi oído, algo trastornado, después que su voz se extinguió. El zumbido sucio de la señal eléctrica se prolongó como un insondable vacío en el que no pude leer nada. Y colgué.

El periódico local de la mañana trajo la noticia de su muerte solo un día más tarde. Ricardo Noriega había sido hallado a unos metros de la carretera, cerca del paso a nivel. Su cadáver no había sido golpeado; salvo la nariz rota, no tenía magulladuras ni cortes, ni otros signos de brutalidad. No presentaba señales de lucha. Solo un disparo limpio en el abdomen.

El viejo hizo unas declaraciones que salieron en la tele. Trabajaba para él, sí. Era un chico problemático, dijo; había salido de la cárcel, dijo. Probablemente se tratara de algún ajuste de cuentas, añadió también. Ella estaba con él. Después, los dos desaparecieron, y naturalmente, no volví a verlos nunca.



CRISTINA CERRADA (Madrid, 1970). Doctora en Estudios Literarios por la UCM, licenciada en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la UCM, y en Sociología por la UNED, es coordinadora de varios cursos de narrativa breve y de novela. Ha escrito las novelas *Calor de hogar*, SA (2005), Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla, *Alianzas duraderas* (2007), *La mujer calva* (2008), Premio Lengua de Trapo de Novela, *Anatomía de Caín* (2010), *Cenicienta en Pensilvania* (2010), Premio Internacional Ciudad de Barbastro, *Cosmorama* (2015) y *Europa* (Seix Barral, 2017). Su narrativa breve incluye *Noctámbulos* (2003), Premio de Narrativa Casa de América, y *Compañía* (2004), Premio de Narrativa Caja Madrid. Sus relatos han sido incluidos en diversas compilaciones y antologías, y es autora de la comedia *El club Mythic* (2015). Colabora en diversos medios y forma parte del colectivo artístico «Hijos de Mary Shelley».

OceanofPDF.com